

HARPER TEEN IMPULSE 

A
SELECTION
NOVELLA



THE
GUARD

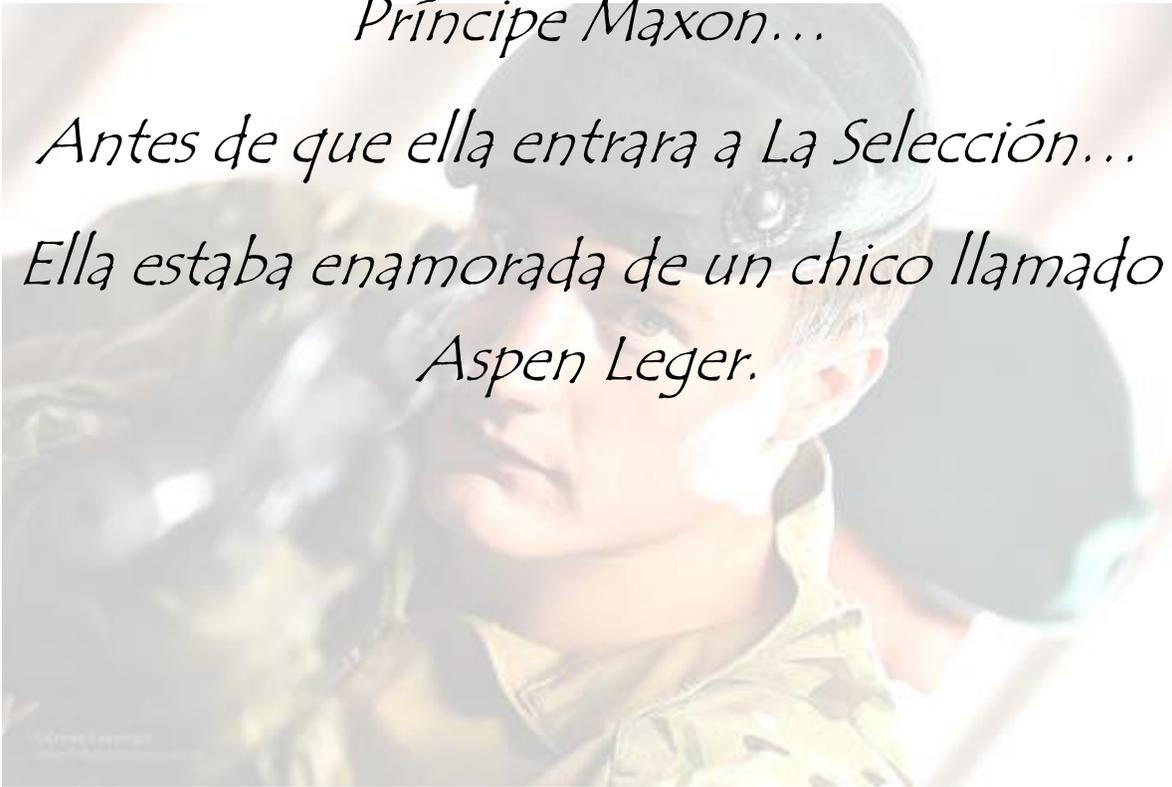
De Todo Un poco.-

#1 *New York Times* BESTSELLING AUTHOR

KIERA CASS

*Antes de que América Singer conociera al
Príncipe Maxon...*

*Antes de que ella entrara a La Selección...
Ella estaba enamorada de un chico llamado
Aspen Leger.*



The Guard.-

Capítulo 1.

-DESPIERTA, LEGER.

-Día libre, -murmuré, tirando la manta sobre mi cabeza.

-Nadie tiene día libre hoy. Levántate, y te lo voy a explicar.

Suspiré. Normalmente tenía ganas de trabajar. La rutina, la disciplina, el sentido del logro al final del día: Lo amaba todo.

Hoy era una historia diferente.

La fiesta de Halloween de anoche fue mi última oportunidad.

Cuando América y yo tuvimos nuestro único baile, y ella explicó la distancia de Maxon, tuve un minuto para recordarle quiénes éramos... y lo sentí. Esos hilos que nos unían todavía estaban allí.

Tal vez se habían desgastado por el esfuerzo de la Selección, pero estaban resistiendo.

-Dime que me esperaras.

Ella no dijo nada, pero no perdí la esperanza.

No hasta que él estuvo allí, marchando hacia ella, goteando encanto, riqueza y poder. Eso fue todo. Había perdido.

Lo que sea que Maxon le había susurrado en la pista de baile pareció barrer todas las preocupaciones de su cabeza. Ella se aferró a él, una canción tras otra, mirándolo a los ojos de la manera en que solía mirar a los míos.

Así que tal vez bebí un poco más de alcohol, mientras miraba lo que sucedía. Y tal vez ese jarrón en el vestíbulo estaba roto porque lo arrojé. Y tal vez ahogué mis gritos mordiendo mi almohada para que Avery no pudiera escucharme.

Si las palabras de Avery de esta mañana fueran algún indicativo, lo más probable es que Maxon se le propuso tarde anoche, y todos seríamos llamados para el anuncio oficial.

¿Cómo se supone que iba a enfrentar ese momento? ¿Cómo se supone que iba a estar allí y protegerlo? Él iba a darle un anillo que yo no podía permitirme, una vida que yo nunca podría proporcionarle... y yo lo odiaría hasta mi último aliento por ello. Me senté, manteniendo mis ojos hacia abajo.

-¿Qué pasa? -pregunté, mi cabeza palpitaba con cada sílaba.

-Es malo. Realmente malo.

Arrugué mi frente y miré lo miré. Avery estaba sentado en su cama, abrochándose la camisa. Nuestros ojos se encontraron, y yo pude ver la preocupación en su mirada.

-¿Qué quieres decir? ¿Qué está mal? -Si este era un estúpido drama por no encontrar los colores correctos de los manteles o algo así, iba a volver a la cama.

Avery exhaló.

-¿Conoces a Woodwork? ¿Chico amable, sonríe mucho?

-Sí. Tuvimos unas rondas juntos a veces. Es agradable.

Woodwork había sido un siete, y nos habíamos unido casi al instante por encima de nuestras extensas familias y padres fallecidos. Él era un trabajador duro, y estaba claro que era alguien quien merecía una nueva casta.

-¿Por qué? ¿Qué está pasando?

Avery parecía aturdido.

-Lo sorprendieron ayer por la noche con una de las chicas de la élite.

Me quedé helado.

-¿Qué? ¿Cómo?

-Las cámaras. Los reporteros estaban haciendo toma sincera a las personas deambulando por el palacio y uno de ellos escuchó algo

en un armario. Lo abrió y encontró a Woodwork con Lady Marlee.

-Pero eso es... -casi dije que era una amiga cercana de América, pero me detuve justo a tiempo, -... loco. -terminé.

-Ni que lo digas. -Avery cogió sus calcetines y siguió vistiéndose. -Parecía tan inteligente. Debió haber sido simplemente que bebió demasiado.

Probablemente sí, pero dudaba que fue eso lo que pasó.

Woodwork era listo. Quería cuidar de su familia tanto como yo de la mía. La única explicación del por qué se habría arriesgado a ser descubierto sería la misma razón por la que yo me había arriesgado:

Él debe amar a Marlee desesperadamente.

Masajeé mis sienes, deseando despejar mi dolor de cabeza. No podía sentirme así ahora, no con tan gran acontecimiento. Mis ojos se abrieron cuando entendí lo que esto podía significar.

-¿Ellos van... van a matarlos?, -le pregunté en voz baja, como si al decirlo muy fuerte todos recordarían que eso era lo que el palacio hacía a los traidores.

Avery negó con la cabeza, y sentí mi corazón palpar de nuevo.

-Los van a azotar. Y las otras Elite y sus familias van a estar al frente y al centro de todo. Los bloques ya están puestos fuera de los muros del palacio, así que todos estamos en estado de alerta.

Ponte tu uniforme. -Se puso de pie y caminó hacia la puerta.-Y toma algo de café antes de reportarte, -dijo sobre su hombro. -Luces como si fueras el que va a recibir los azotazos.

El tercer y cuarto piso era lo suficientemente alto como para ver a través de los gruesos muros que protegían el palacio del reto del mundo, y rápidamente me dirigí a una amplia ventana en el cuarto piso. Miré hacia abajo a los asientos para la familia real y la

élite, así como el escenario para Marlee y Wookwork. Parecía que la mayoría de los guardias y el personal tenían la misma idea que yo, e incliné la cabeza a otros dos guardias que estaban de pie junto a la ventana, y a un mayordomo, su uniforme lucía recién planchado pero su rostro arrugando por la preocupación. Del mismo modo en que las puertas del palacio se abrieron, y las chicas y sus familias marchaban fuera a los aplausos atronadores de la multitud, dos camareras corrieron detrás de nosotros.

Reconocí a Lucy y Mary, hice un espacio para ellas a mi lado.

-¿Viene Anne? -le pregunté.

-No, -dijo Mari. -No pensó que fuera correcto cuando había mucho trabajo por hacer.

Asentí. Eso sonaba como ella.

Me encontraba con las doncellas de América todo el tiempo desde que comencé a vigilar su puerta por las noches, y aunque trataba de ser profesional en el palacio, tendía a dejar deslizar un poco de la formalidad con ellas. Quería conocer a las personas que cuidaban a mi chica; ante mis ojos, siempre estaría en deuda con ellas por todo lo que hicieron por ella.

Miré a Lucy y vi que retorció las manos. Incluso en mi corto tiempo en el palacio, había notado que cuando ella estaba estresada, sus ansiedades las manifestaba en una docena de tics físicos. El campo de entrenamiento me enseñó a buscar el comportamiento nervioso cuando las personas entraran a palacio, a vigilar a esas personas en particular. Sabía que Lucy no era una amenaza, y cuando la miraba angustiada, sentía la necesidad de protegerla.

-¿Estás segura que quieres ver esto? -Le susurré. -No va a ser bonito.

-Lo sé. Pero realmente me agradaba Lady Marlee, -respondió, igualmente en voz baja. -Siento como si estuviera que estar aquí.

-Ella ya no es una Lady, -le comenté, seguro que ella sería degradada al rango más bajo posible.

Lucy pensó por un momento.

-Cualquier chica que arriesgue su vida por alguien a quien ama sin duda merece ser llamada una Lady.

Sonreí.

-Excelente punto. -Vi como sus manos se detuvieron y una pequeña sonrisa apareció en su cara por destello de un segundo. Los gritos de la multitud se volvieron a gritos de desprecio mientras Marlee y Woodwork cojeaban por la grava al espacio despejado frente a las puertas del palacio. Los guardias los empujaban duramente, y con base en su modo de andar, supuse que Woodwork ya había recibido una paliza.

No podíamos distinguir las palabras, pero vimos como sus crímenes fueron anunciados al mundo. Me concentré en América y su familia. Puede que pareciera que estaba tratando de mantenerse en una sola pieza, con los brazos envueltos alrededor del estómago de manera protectora. La expresión del señor Singer era incómoda, pero calmada. Mer solo parecía confundida. Deseo que hubiera una manera para abrazarla y decirle que todo estaría bien sin terminar atado a un bloque.

Recordé ver a Jemmy siendo azotado por robar. Si pudiera tomar su lugar, lo habría hecho sin dudas. Al mismo tiempo, recordé la abrumadora sensación de alivio de que nunca me hubieran atrapado las pocas veces que robé. Imaginé que América debía de sentirse de la misma manera ahora, deseando que Marlee no tuviera que pasar por eso, pero tan agradecida que no fuéramos nosotros.

Cuando comenzaron a azotarlos, Mary y Lucy ambas saltaron a pesar de que no podían oír nada, más que la multitud. No había suficiente espacio entre cada azote para permitir a Woodwork y

Marlee sintieran dolor, para no ajustarse antes de un nuevo golpe que conducía la quemadura más profunda. Hay un arte para hacer sufrir a las personas. El palacio parecía tenerlo dominado.

Lucy cubrió su cara con las manos y lloró en silencio, mientras que Mary puso un brazo a su alrededor para consolarla.

Estaba a punto de hacer lo mismo cuando un destello de pelo rojo me llamó la atención.

¿Qué estaba haciendo? ¿Estaba luchando con ese guardia?

Todo en mi cuerpo estaba en guerra. Quería correr allí y meterla en su asiento y, al mismo tiempo, estaba desesperado por tomarle la mano y llevármela. Quería animarla y simultáneamente rogarle para que se detuviera. Este no era el momento ni el lugar para llamar la atención sobre sí misma.

Vi como América saltó sobre la barandilla, el dobladillo de su vestido volaba en la caída. Fue entonces, cuando ella se estrelló contra el suelo y se incorporó, que vi que no estaba tratando de buscar un refugio de la pesadilla delante de ella, sino que estaba enfocada en los pasos que la llevarían a Marlee.

Orgullo y miedo se hincharon en mi pecho.

-¡Oh, Dios mío! -jadeó Mary.

-¡Sientese, mi Lady! -declaró Lucy, presionando sus manos contra la ventana.

Ella estaba corriendo, perdiendo un zapato, pero aún así negándose a darse por vencida.

-¡Sientese, Lady América! -gritó uno de los guardias a mi lado.

Llegó al primer escalón de la plataforma, y mi cerebro estaba en llamas por la sangre palpitante.

-¡Hay cámaras! -le grité a través del cristal.

Un guardia finalmente la atrapó, haciéndola caer al suelo. Ella se retorció, aún luchando. Mi mirada parpadeó a la familia real, todos

los ojos estaban puestos en la chica de pelo rojo que se retorció en el suelo.

-Deberían volver a su habitación, -le dije a Mary y Lucy. -Ella las va a necesitar.

Dieron media vuelta y echaron a correr.

-Ustedes dos, -dije a los guardias. -Vayan abajo y asegúrense que protección adicional no sea necesaria. No se sabe quién vio eso o esté molesto por ello.

Ellos se corrieron, dirigiéndose al primer piso. Quería estar con América, ir a su habitación en este mismo segundo. Pero dadas las circunstancias, sabía que la paciencia era lo mejor. Era mejor que estuviera a solas con sus doncellas.

Ayer por la noche, le pregunté a América que esperara por mí, pensando que ella podría ir a casa antes que yo. De nuevo, esa idea vino frente a mi mente. ¿Toleraría el rey esto?

Me dolía todo el cuerpo, tratando de respirar y pensar y procesar. -Magnífico, -respiró el mayordomo. -Tal valentía.

Se apartó de la ventana y volvió a sus deberes, y yo me quedé pensando si se refería a la pareja en la plataforma o la chica del vestido sucio. Mientras estaba allí, aún pensando en todo lo que acababa de suceder, Los azotes llegaron a su fin. La familia real salió, la multitud se dispersó, y un puñado de guardias se quedó para llevarse a los cuerpos inertes que parecían inclinarse el uno al otro, incluso en la inconsciencia.

Capítulo 2

Recuerdo los días en los que esperaba para correr a la casa del árbol, la forma en que parecía que las manecillas del reloj se movían hacia atrás. Esto era mil veces peor. Sabía que algo andaba mal. Sabía que ella me necesitaba. Y no podía llegar a ella.

Lo mejor que podía hacer era cambiar puesto con el guardia que estaba programado para vigilar su puerta esta noche. Hasta que la noche cayera no podía verla de nuevo, tenía que enterrarme a mi mismo en el trabajo.

Me dirigía a la cocina para un desayuno tardío cuando escuché las quejas.

-Quiero ver a mi hija. -Reconocí la voz del señor Singer, pero nunca lo había escuchado tan desesperado.

-Lo siento, señor. Por razones de seguridad, tenemos que sacarlo del palacio ahora, -respondió un guardia. Lodge, por el sonido de la misma. Asomé la cabeza por la esquina, y por supuesto Lodge estaba tratando de calmar al señor Singer.

-¡Pero nos has mantenido encerrado desde esa asquerosa demostración, mi niña fue arrastrada lejos, y no la he visto!
¡Quiero verla!

Me acerqué a ellos con aire de confianza e intervine.

-Permítame encargarme de esto, oficial Lodge.

Lodge bajó la cabeza y se alejó. La mayoría de las veces, si yo actuaba como si estuviera en control, las personas me escuchaban. Era simple y eficaz.

Una vez Lodge se fue por el pasillo, me incliné hacia el señor Singer.

-No puede hablar así aquí, señor. Ya vio lo que acaba de suceder, y eso fue por un beso y un vestido desabrochado.

El padre de América asintió y se pasó los dedos por el pelo.

-Lo sé. Sé que tienes razón. No puedo creer que hicieron que viera eso. No puedo creer que le hicieron eso a May.

-Si le sirve de consuelo, las doncellas de América son muy devotas, y estoy seguro que están cuidando de ella. No hubo informes de que la llevaran a la enfermería, por lo que no debió haber sufrido ningún daño. No físicamente de todos modos. Por lo que entiendo... -Dios, como odiaba decir esto en voz alta- ...El príncipe Maxon la favorece más a ella que a las otras.

El señor Singer me dio una sonrisa que no le llegaba a los ojos.

-Cierto.

Todo en mí luchaba por preguntarle lo que él sabía.

-Estoy seguro de que será muy paciente con ella mientras trata con su pérdida.

Él asintió y luego habló en voz baja, como si hablara consigo mismo.

-Esperaba más de él.

-¿Señor?

Respiró hondo y se paró con la espalda recta.

-Nada. -El señor Singer miró alrededor, y no pude decir si estaba temeroso por estar en el palacio o disgustado por ello. -Sabes, Aspen, ella nunca me creía si yo le decía que era lo suficientemente buena para este lugar. De alguna manera ella estaba en lo correcto. Ella es demasiado buena para eso.

-¿Shalom? -el señor Singer y yo ambos nos volvimos a ver a la señora Singer y May caminar alrededor de la esquina, llevando sus bolsas. -Estamos listas. ¿Has visto a América?

May dejó a su madre y rápidamente se metió al lado de su padre. Él envolvió su brazo protector alrededor de ella.

-No. Pero Aspen cuidará de ella.

No había dicho nada de esa naturaleza, pero éramos prácticamente familia y él sabía que lo haría. Por supuesto que lo haría.

La señora Singer me dio un breve abrazo.

-No puedo decirte lo consolador que es saber que estás aquí, Aspen. Eres más inteligente que el resto de los guardias combinados.

-No deje que la escuchen decir eso, -bromeé, y sonrió al alejarse. May corrió hacia mí, y me incliné un poco para poder estar al mismo nivel.

-Aquí hay algunos abrazos. ¿Podrías ir a mi casa y dárselos a mi familia por mí?

Ella asintió con la cabeza en mi hombro. Esperé a que ella me soltara, pero no lo hizo. De repente, ella puso sus labios en mi oído.

-No dejes que nadie le haga daño.

-Nunca.

Ella me agarró con más fuerza, y yo hice lo mismo, queriendo protegerla de todo a su alrededor.

May y América se complementaban, tan parecidas en más maneras que ninguna de ellas pudiera ver. Pero May era más suave en los bordes. Nadie la protegía del mundo; se protegía a sí misma. América había sido solo unos meses mayor que May cuando empezamos a salir, tomando una decisión que la mayoría de las personas mayores que nosotros habrían tenido el coraje de enfrentar. Pero mientras América estaba al tanto de lo malo a su alrededor, las consecuencias que podrían venir si las cosas iban

mal, May prácticamente saltaba a través de la vida, completamente ciega a lo que era peor en el mundo.

Me preocupaba que algo de esa inocencia hubiera sido robada de ella el día de hoy.

Finalmente aflojó su agarre, y me incorporé, sosteniendo una mano al señor Singer. Él la tomó y habló en voz baja.

-Me alegro que ella te tenga. Es como si tuviera un pedazo de casa con ella.

Mis ojos se clavaron en los de él, y de nuevo fui golpeado con la tentación de preguntarle lo que sabía. Me preguntaba si, por lo menos, sospechaba algo. La mirada del señor Singer era inquebrantable, y, debido a que yo había sido entrenado, busqué en su rostro por secretos. Nunca habría comenzado a adivinar lo que estaba escondiendo de mí, pero sabía sin duda que había algo allí.

-Yo cuidaré de ella, señor.

Sonrió.

-Sé que lo harás. Cuida de ti mismo, también. Algunos podrían argumentar que este puesto es aún más peligroso que el de Nueva Asia. Queremos que vengas a casa a salvo.

Asentí. Del millón de palabras que existían, el señor Singer siempre parecía saber cómo escoger el puñado que te hacía sentir como si importaras.

-Nunca me habían tratado tan duramente, -murmuró alguien, rodeando la esquina. - Y en el palacio de todos los lugares.

Nuestras cabezas se volvieron colectivamente. Sonaba como que los padres de Celeste no estaban tomando la solicitud de salir de palacio muy bien tampoco. Su madre estaba arrastrando una maleta grande, negando con la cabeza de acuerdo con su marido, agitando su cabello rubio por encima de su hombro cada poco

segundos. Una parte de mí quería acercarse a ella y pasarle unas pinzas para el cabello.

-Estás aquí, -me dijo el señor Newsome. -Ven y agarra estas maletas. -Él dejó caer sus maletas en el suelo.

El señor Singer habló.

-Él no es tu sirviente. Él está aquí para protegerte. Usted puede llevar sus propias maletas.

El señor Newsome rodó los ojos y se volvió hacia su esposa.

-No puedo creer que nuestro bebé tenga que asociarse con un cinco. -Susurró las palabras, aunque obviamente él tenía la intención que todos lo escucháramos.

-Espero que no adquiriera ninguno de sus modales descuidados. Nuestra chica es demasiado buena para esta basura. -La señora Newsome se apartó el cabello otra vez, y pude ver de dónde Celeste aprendió a afilar sus garras. No es que esperara algo más de de un Dos.

Casi no pude apartar la mirada del rostro malvaadamente feliz de la señora Newsome, excepto por el sonido sordo a mi lado. May estaba llorando en la camisa de su madre. Como si el día no hubiera sido lo suficientemente duro ya.

-Buen Viaje, señor Singer, -le susurré. Él asintió hacia mí y acompañó a su familia a través de las puertas delanteras. Pude ver que los autos ya los estaban esperando. América iba a odiar el no poder decirles adiós.

Caminé hacia el señor Newsome.

-No deje que los moleste, señor. Deje sus maletas aquí, y me aseguraré de se encarguen de ellas.

-Buen muchacho, -dijo el señor Newsome, y me dio una palmadita en la espalda antes de enderezar su corbata y tirar a su mujer con él.

Una vez que estuvieron fuera, me acerqué a la mesa cerca de la entrada y saqué una pluma del cajón. No había ninguna posibilidad de hacer esto dos veces, así que tenía que decidir a cuál de los dos Newsome odiaba más por el momento. En este momento, era a la señora Newsome, aunque solo sea por el bien de May. Abrí la cremallera de la maleta, metiendo la pluma dentro, y la partí por la mitad. Tenía un punto de tinta en una mano, pero vi que tenía cientos de dólares en ropa frente a mí para limpiarme, la mancha fue rápidamente atendida. Vi como los Newsome subieron a un auto, y luego lanzar sus maletas en el maletero y me permití una sonrisa. Pero mientras destruir algunas de las ropas de la señora Newsome era satisfactorio, sabía que no les afectaría a largo plazo. Las reemplazaría en cuestión de días. May tendría que vivir con esas palabras en sus oídos para siempre.

Sostuve el recipiente cerca de mi pecho mientras llevaba el tenedor lleno de huevos y salchichas picadas a mi boca, con ganas de salir al aire libre. La cocina estaba llena de guardias y sirvientes, devorando sus comidas, mientras comenzaban sus turnos.

-Él le decía que la amaba durante todo la cosa, -estaba diciendo Fry. - Fui puesto por la plataforma y pude escucharlo todo el tiempo. Incluso después que ella se desmayó, Woodwork lo seguía diciendo.

Dos criadas estaban colgadas de cada una de sus palabras, una inclinó su cabeza con tristeza.

-¿Cómo pudo el príncipe hacerle eso a ellos? Estaban enamorados.

-El Príncipe Maxon es un buen hombre. Él sólo estaba obedeciendo la ley, -la otra criada replicó. -¿Pero... todo el tiempo?

Fry asintió.

La segunda criada sacudió la cabeza.

-No es de extrañar que Lady América corriera hacia ellos. Di un paso alrededor de la gran mesa, moviéndome hacia el otro lado de la habitación.

-Ella me dio un rodillazo bastante duro, -compartió Recen, haciendo una mueca al recordar. -No pude impedirle que saltara, apenas podía respirar.

Sonreí para mí, lo sentía por el chico.

-Esa Lady América es muy malditamente valiente. El rey pudo haberla encerrado por algo como eso. -Un joven mayordomo, con los ojos abiertos y entusiastas, parecía estar tomando el asunto como entretenimiento.

Me moví de nuevo, temiendo decir o hacer algo estúpido si escuchaba algo más. Pasé a Avery, pero solo se limitó a asentir. El conjunto de su boca y cejas era todo lo que necesitaba para saber que no estaba interesado en compañía en esos momentos.

-Podría haber sido mucho peor, -susurró una criada. Su compañera asintió.

-Al menos está vivos.

No pude escapar. Una docena de conversaciones superpuestas, mezclándose en un comentario en mis oídos. El nombre de América me rodeaba, la palabra en los labios de todos. Me encontré hinchado de orgullo en un momento para sumergirme en la ira al siguiente.

Si Maxon verdaderamente era un hombre decente, América nunca hubiera estado en esta situación en primer lugar.

Di otro golpe con el hacha, dividiendo la madera. El sol se sentía bien en mi pecho desnudo y el acto de destruir algo estaba ayudando a salir mi rabia. Rabia por Woodwork y Marlee y May y América. Rabia por mí mismo.

Alineé otra trozo y balanceé con un gruñido.

-¿Cortando madera o tratando de asustar a los pájaros? -alguien llamó.

Me volví y vi a un hombre mayor a unos pocos metros de distancia, caminando junto a un caballo por las riendas y usaba un chaleco que lo marcaba como un trabajador de las afueras de palacio. Su rostro estaba arrugado, pero su edad no atenuaba su sonrisa. Tenía la sensación de haberlo visto antes, pero no podía pensar donde.

-Lo siento, ¿asusté al caballo? -pregunté.

-Nah, -dijo, acercándose. -Solo parece que estas pasando por un momento difícil.

-Bueno, -le respondí, levantando el hacha de nuevo, -hoy ha sido un día duro para todos. -Dejé caer el hacha, dividiendo la madera de nuevo.

-Sip. Parece ser el caso. -Frotó al caballo detrás de las orejas. -¿Los conoces?

Hice una pausa, no muy seguro si tenía ganas de hablar.

-No muy bien. Teníamos mucho en común, sin embargo.

Simplemente no puedo creer lo que pasó. No puedo creer que él haya perdido todo.

-Eh. Todo parece ser nada cuando se ama a alguien. Especialmente cuando tú eres joven.

Estudié al hombre. Él era, obviamente un guardián de establos, y aunque puede que yo haya estado equivocado, estaba dispuesto a adivinar que era más joven de lo que él parecía. Tal vez había pasado por algo difícil y había sobrevivido.

-Tienes un punto, -estuve de acuerdo. ¿No estaba yo dispuesto a perderlo todo por Mer?

-Él se arriesgaría de nuevo. Y ella lo haría también.

-Yo lo haría también, -murmuré, mirando al suelo.

-¿Qué, hijo?

-Nada. -Apoyé el hacha en el hombro y agarré otro trozo de madera, esperando a que él se diera por aludido.

En su lugar se apoyó en el caballo.

-Está bien estar molesto, pero eso no te llevará a ningún lado.

Tienes que pensar en lo que puedes aprender de esto. Hasta ahora, parece que todo lo que has aprendido es cómo dar una paliza a algo que no puede regresarte el golpe.

Me giré y lo perdí.

-Mira, entiendo que estás tratando de ayudar, pero estoy trabajando aquí.

-Eso no es trabajo. Eso es montón de rabia fuera de lugar.

-Bien, ¿dónde se supone que debo ponerla? ¿En el cuello del rey? ¿En el príncipe Maxon? ¿En el tuyo? -balanceé de nuevo el hacha y golpeé. -Porque no está bien. Ellos escapan con todo.

-¿Quién?

-Ellos lo hacen. Los unos. Los dos.

-Tú eres un Dos.

Tiré el hacha y le grité.

-¡Soy un seis! -golpeé mi pecho. -Debajo de este uniforme que ellos me pusieron, aún soy un chico de Carolina, y eso no va a desaparecer.

Él sacudió su cabeza y empujó la brida del caballo.

-Suenas como que necesitas a una chica.

-Tengo una chica, -grité a su espalda.

-Entonces déjala entrar. Tiras tus golpes para la pelea equivocada.

Capítulo 3.-

Dejé correr el agua caliente por encima de mí, esperando que el día se fuera por el desagüe. Me quedé pensando en las palabras del guardián del establo, más enojado por lo que él dijo que por cualquier cosa que hubiera pasado.

Dejé a América entrar. Sabía por lo que estaba luchando.

Me sequé, tomándome mi tiempo, tratando que la rutina calmara mi mente. El uniforme almidonado abrazó mi piel y con él llegó un sentido de propósito y unidad.

Tenía trabajo que hacer.

Había un orden para las cosas, y para el final del día, Mer estaría allí.

Traté de mantener la concentración mientras caminaba hacia a la oficina del rey en el tercer piso. Cuando llamé. Lodge abrió la puerta. Asentimos el uno al otro mientras entraba en la habitación. No siempre me sentía intimidado por el rey, pero dentro de estas paredes podía ver como él cambiaba cientos de vidas con un simple movimiento de su dedo.

-Y vamos prohibir las cámaras en el palacio hasta nuevo aviso, - dijo el rey Clarkson mientras un consejero tomaba notas furiosamente. -Estoy seguro que las chicas han aprendido la lección de hoy, pero dile a Silvia que trabaje con ellas con el decoro. -Negó con la cabeza. -No puedo ni siquiera imagina que

fue lo que poseyó a esa muchacha para hacer algo tan estúpido. Ella era la favorita.

Tal vez tú favorita, pensé, cruzando la habitación. Su escritorio era ancho y oscuro, y en silencio alcancé el recipiente que contenía el correo saliente.

-Además, asegúrense de mantener un ojo en esa chica que echó a correr.

Mis oídos se agudizaron, y me moví más lento.

El consejero negó con la cabeza.

-Nadie se fijó en ella, su Majestad. Las chicas son unas criaturas tan temperamentales, si alguien pregunta, simplemente puede culpar a sus emociones erráticas.

El rey hizo una pausa, empujando su silla hacia atrás.

-Quizás. Incluso Emberly tiene sus momentos. Aún así, nunca me han gustado los Cinco. Ella era de usar y tirar, nunca debió llegar tan lejos.

Su consejero asintió pensativo.

-¿Por qué no simplemente la envía a casa? ¿Inventar una razón para eliminarla? Seguramente se podría hacer.

-Maxon lo sabría. Él las vigila como un halcón. No importa, -dijo el rey, acercándose de nuevo a su escritorio. -Ella claramente no está calificada, tarde o temprano saldrá a la superficie. Seremos agresivos si tenemos que serlo. Cambiando de tema ¿dónde está esa carta de los italianos?

Recogí el correo y di una inclinación rápida de reconocimiento antes de salir de la habitación. No estaba seguro de cómo sentirme. Quería a América tan lejos de las manos de Maxon como fuera posible. Pero la forma en que el rey Clarkson habló sobre la Selección que había algo más allí, quizás algo oscuro. ¿Podría América caer víctima de sus caprichos? Y ¿sí América era de "tirar y usar", estaba aquí por diseño? ¿Traída específicamente

para ser despedida? Si es así, ¿Había una chica destinada expresamente a ser la elegida? ¿Estaba todavía aquí? Al menos tendría algo en que pensar toda la noche mientras estaba fuera de la puerta de América.

Estaba hojeando el correo, leyendo las direcciones mientras caminaba.

En la pequeña sala de correos, tres hombres mayores ordenaban el correo entrante y saliente. Había un recipiente marcado seleccionado que estaba lleno de cartas de admiradores. No estaba seguro cuanto de esto miraban las chicas.

-Hola, Leger. ¿Cómo estás? -preguntó Charlie.

-No muy bien, -le confesé, colocando el correo en sus manos, sin correr el riesgo que se perdiera en el montón.

-Todos hemos visto mejores días, ¿no es así? Por lo menos están vivos.

-¿Has escuchado de la chica que corrió hacia ellos? -preguntó Martin, dando vuelta a su silla. -¿No es eso algo?

Cole se volvió, también. Era un tipo bastante callado, perfectamente situado para la sala de correo, pero incluso él tenía curiosidad acerca de esto.

Asentí, y crucé mis brazos.

-Sí, lo escuché.

-¿Qué piensas? -preguntó Charlie.

Me encogí de hombros. Parecía que la mayoría de las personas sentían que América había actuado heroicamente, pero sabía que si alguien decía eso frente a alguien devoto al rey Clarkson, podrían encontrarse en serios problemas. Por ahora, la neutralidad era lo mejor.

-Todo el asunto es un poco loco. -Dejé que él decidiera si era una locura buena o mala.

-No se puede negar eso, -comentó Martin.

-Tengo que hacer mi ronda, -dije, terminando la conversación. - Nos vemos mañana, Charlie. -le di un pequeño saludo y él sonrió.

-Mantente a salvo.

Fui por el pasillo hasta la bodega para tomar mi equipo, aunque no miraba el propósito detrás de eso. Yo prefería el arma.

Mientras rodeaba las escaleras y aterrizaba en el segundo piso, vi a Celeste que venía hacia mí. En el momento en que reconoció mi cara, toda su actitud cambió. Parecía que a diferencia de su madre, ella al menos era capaz de sentir vergüenza.

Ella se me acercó con cautela, luego se detuvo.

-Oficial.

-Señorita. -Hice una reverencia.

Sus facciones parecían afiladas mientras estaba allí, pensando sobre sus palabras.

-Sólo quería asegurarme que supiera que la conversación que tuvimos ayer por la noche fue puramente profesional.

Casi me reí en su cara. Sus manos pudieran haber estado a salvo en mi espalda y mis brazos, pero no había duda del flirteo en su toque. Ella misma había estado caminando por la línea de romper las reglas. Después que le dije que había sido un Seis antes de convertirme en un guardia, sugirió que debería mirar en el modelaje en lugar de permanecer en el servicio.

Sus palabras exactas habían sido: "Si esto no funciona para mí, somos uno y lo mismo ahora. Búscame cuando estés fuera.

Celeste no era el tipo de chica que esperara, así que no pensaba que estuviera verdaderamente apegada a mí de ninguna manera, y sospechaba que sus labios fueron especialmente flojos anoche porque había tenido demasiado para beber. Pero había una cosa que era absolutamente clara después de nuestra conversación: Ella no amaba a Maxon. Ni siquiera un poco.

-Por supuesto, -respondí, conociéndola mejor.

-Simplemente quería darte consejos profesionales. Tal grave salto de casta es difícil de ajustarse. Y yo te deseo suerte, pero quiero dejar claro que mis afectos son dedicados singularmente al Príncipe Maxon.

Casi le repliqué eso. Estuve muy cerca. Pero vi la desesperación en sus ojos mezclado con un miedo consumidor. Al final, si la acusaba, me acusaría a mí mismo. Sabía que Maxon no le importaba ella, y no estaba seguro si alguna de estas chicas le importaba a él, al menos, no de la manera que debería, pero ¿la condenaría o jugaría algún juego para no tener a ninguno de los dos?

-Y yo estoy totalmente dedicado a protegerlo. Buenas tardes, señorita.

Pude ver la pregunta persistente en sus ojos, y sabía que no estaba totalmente satisfecha con mi respuesta. Pero nada podría beneficiar a una chica como esa más que un poco de miedo. Inhalando, doblé la esquina de la habitación de América, deseando entrar. Quería abrazarla, hablar con ella. Me detuve frente a la puerta y puse mi oído en ella. Podía oír a sus doncellas, así que sabía que no estaba sola. Pero entonces pude distinguir su respiración y sus sollozos cansada de llorar.

No podía manejar el hecho que hubiera estado llorando todo el día. Eso fue el colmo.

Les había prometido a sus padres que Maxon la favorecía, y que ella sería consolada. Si ella aún estaba en lágrimas, entonces él no había hecho nada por ella. Y si yo no estaba destinado a tenerla, él seguro como el infierno debía tratarla como una princesa. Hasta ahora, él estaba fallando catastróficamente.

Yo sabía, sabía, que se suponía que ella fuera mía.

Llamé a la puerta, sin importarme las consecuencias. Lucy contestó, y me dio una sonrisa esperanzada. Sólo eso me hizo pensar que podía ser de ayuda.

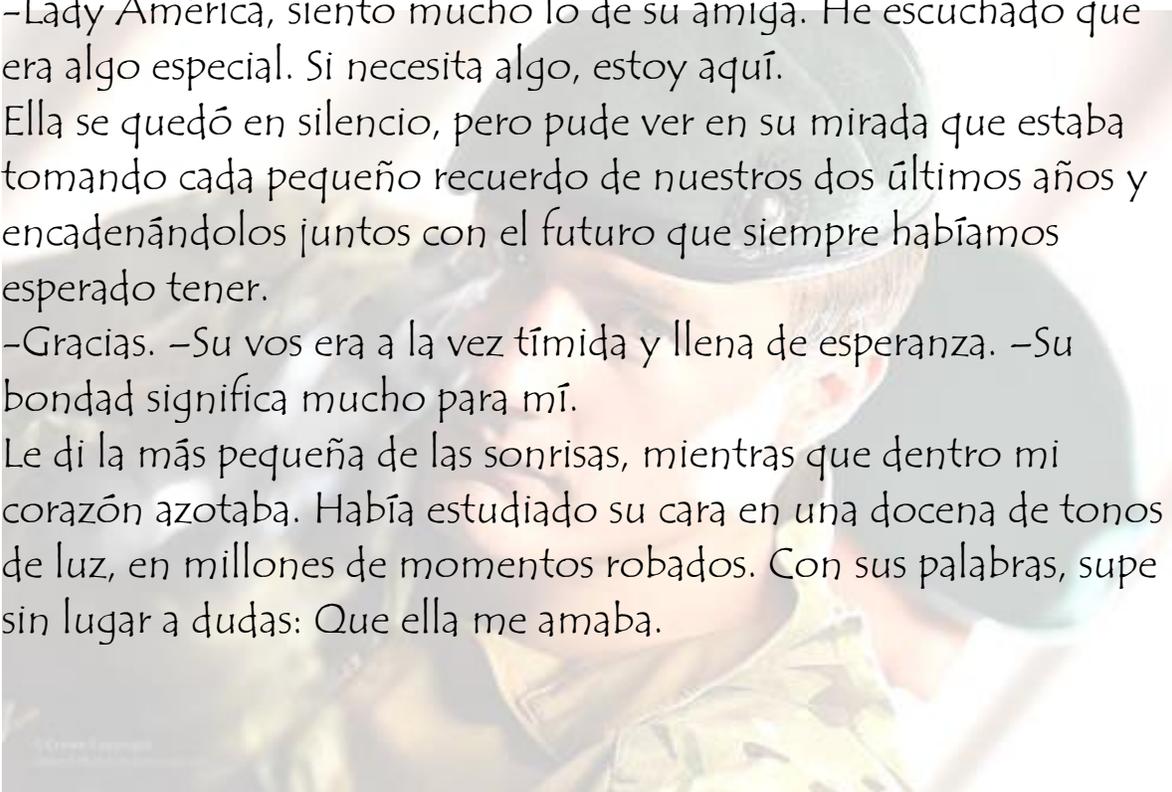
-Lamento molestar, Damas, pero escuché el llanto y quería asegurarme que estaban bien. -Moví gentilmente a Lucy, caminé tan cerca del a cama como atreví. Nuestros ojos se encontraron, y se veía tan indefensa allí, era todo lo que podía hacer para no robármela lejos de este lugar.

-Lady América, siento mucho lo de su amiga. He escuchado que era algo especial. Si necesita algo, estoy aquí.

Ella se quedó en silencio, pero pude ver en su mirada que estaba tomando cada pequeño recuerdo de nuestros dos últimos años y encadenándolos juntos con el futuro que siempre habíamos esperado tener.

-Gracias. -Su vos era a la vez tímida y llena de esperanza. -Su bondad significa mucho para mí.

Le di la más pequeña de las sonrisas, mientras que dentro mi corazón azotaba. Había estudiado su cara en una docena de tonos de luz, en millones de momentos robados. Con sus palabras, supe sin lugar a dudas: Que ella me amaba.



Capítulo 4.-

AMÉRICA ME AMA, América me ama, América me ama.

Tenía que tenerla a solas, realmente a solas. Haría falta un poco de trabajo, pero puedo hacer que pase.

Horas antes de que mi turno comenzara la mañana siguiente, estaba listo para ir. Miré a todos los horarios de los guardias en sus puestos, las rotaciones de limpieza, los horarios de comidas para la familia real, los oficiales, y la ayuda. Lo estude hasta que las líneas se superpusieron en mi cabeza y pude ver todos los agujeros en la seguridad. A veces me preguntaba si los otros guardias hacían esto, también, o si yo era el único que miraba lo suficientemente cerca.

De cualquier manera, yo tenía un plan. Sólo tenía que avisarle a ella.

Mi turno en la tarde era en la oficina del rey, donde tuve un extraordinario aburrido trabajo haciendo guardia junto a la puerta. Me gustaba estar en movimiento, o alguna parte más abierta del palacio. Honestamente, cualquier lugar lejos de la fría mirada del rey Clarkson.

Observé a Maxon intentado trabajar. Parecía distraído hoy, sentado en su pequeño escritorio que parecía lanzado en la habitación como una ocurrencia tardía. No pude evitar pensar que él era un idiota por ser tan descuidado con América.

A media mañana, Smith, uno de los guardias que había estado en el palacio durante años, vino corriendo a la oficina. Se lanzó hacia el rey, inclinándose rápidamente.

-Su Majestad, dos de la Elite, Lady Newsome y Lady Singer, acababan de entrar en una pelea.

Todos en la sala se detuvieron, mirando al rey.

Él suspiró.

-¿Gritando como gatas de nuevo?

-No, señor. Ellas están en el ala de la enfermería. Hubo un poco de sangre.

El rey Clarkson miró a Maxon.

-Sin duda que la Cinco fue la responsable de esto. No puedes ser serio sobre ella.

Maxon se levantó.

-Padre, todos los nervios de las chicas están desgastados después de lo ayer. Estoy seguro que están pasando por un momento difícil procesando los azotes.

El rey señaló con un dedo.

-Si ella lo empezó, ella se va. Tú sabes eso.

-¿Y si Celeste la empezó?

-Dudo que una chica de tan alto calibre podría caer tan bajo y sin provocación.

-Aún así, ¿la despedirías?

-No fue su culpa.

-Voy a llegar al fondo de esto. Estoy seguro que no fue nada.

Mi mente daba vueltas. Yo no lo entendía. Él claramente no estaba tratando a América también como debería, entonces ¿por qué está tan determinado en mantenerla? Y si fallaba en probar que no era culpa de ella, ¿habría suficiente tiempo para que yo pudiera verla antes de que se marchara?

El rumor en el palacio corrió con rapidez. En muy poco tiempo, entendí que Celeste lanzó las primeras palabras, pero Mer tiró el primer golpe. Lo juro, yo quería darle a mi chica una

medalla. Ambas se quedaban, parecía que sus acciones cancelaban de la otra, aunque sonaba como si América lo estaba haciendo de mala gana.

Escuchar esas palabras hacía que mi corazón incluso estuviera más seguro que la tendría de nuevo.

Corrí a mi habitación, tratando de expresar todo lo que necesitaba para hacerlo en los pocos minutos que tenía. Escribí la nota de la forma más clara y rápidamente posible. Luego me trasladé hasta el segundo piso, a la espera en un pasillo hasta que vi a las doncellas de América salir a comer. Cuando llegué a su habitación, me debatí sobre donde dejar la carta, pero realmente solo había un lugar donde ponerla. Solo esperaba que pudiera verla.

Mientras regresaba al pasillo, el destino me sonrió. América parecía estar sangrando, así que debió haber dejado algunas marcas en Celeste. Mientras se acercaba, pude distinguir un pequeño parche, hinchado en la piel casi completamente cubierto por su cabello. Pero más allá de todo eso, vi la emoción en sus ojos al segundo que me supo que era yo. Dios, deseaba poder sentarme con ella. Respiré. Restricción ahora significaba privacidad real más tarde.

Me detuve hasta que estuvimos lo suficientemente cerca, haciendo una reverencia.

-El jarrón.

Me enderecé y me fui, pero sabía que me había escuchado.

Después de pensarlo un momento, casi corrió por el pasillo sin mirar atrás.

Sonreí, feliz de ver la vida regresar a ella. Esa era mi chica.

-¿Muerto? -preguntó el rey. -¿A menos de quien?

-No estamos seguros, Su Majestad. Pero no podíamos esperar menos de los simpatizantes de las castas bajas. -dijo su asesor. Caminando en silencio para recoger el correo, supe al instante que estaban hablando de todas las personas en *Bonita*. Más de tres familias recientemente habían sido degradados al menos una casta por su presunto apoyo a los rebeldes. Parecía que no lo estaban tomando sin luchar.

-¿No ven estas personas lo que están haciendo? Están destrozando por todo lo que hemos trabajado, ¿y para qué? ¿Para perseguir intereses que podrían no conseguir? Yo les he ofrecido seguridad. Les he ofrecido orden. Y ellos se rebelan.

Por supuesto, el hombre que tiene todo lo que pueda necesitar o querer no entendía porque cualquier persona media podría querer la misma oportunidad.

Cuando me reclutaron, había estado aterrorizado y emocionado al mismo tiempo. Sabía que algunos lo consideraban una sentencia de muerte. Pero al menos la vida frente a mí sería más emocionante que el papeleo y las tareas domésticas que tenía que afrontar si me hubiera quedado en Carolina. Además, no había mucho de una vida después de que América se fuera.

El rey Clarkson se puso de pie, y empezó a pasear.

-Esta gente debe ser detenida. ¿Quién dirige *Bonita* ahora?

-Lamay. Él ha elegido trasladar a su familia a otro lugar, por el momento, y ha comenzado los arreglos funerarios para el gobernador Sharpe. Parece estar orgulloso de su nuevo cargo, a pesar de los obstáculos.

El rey Clarkson levantó su mano.

-Allí. Un hombre aceptando su suerte en la vida, cumpliendo con su deber para el público general. ¿No pueden todos hacer eso?

Recogí el correo, cercano al rey mientras hablaba.

-Vamos a tener que hacer que Lamay elimine a cualquier sospechoso de ser un asesino inmediatamente. Incluso si él está equivocado, les enviaremos una advertencia. Y vamos a encontrar una manera de recompensar a cualquier persona por información. Necesitamos tener a algunas personas del Sur en nuestro bolsillo. Me volví rápidamente, deseando no haber escuchado. Yo no apoyaba a los rebeldes. Más a menudo que no, ellos eran asesinos. Pero las acciones de hoy del Rey no tenían nada que ver con la justicia.

-Tú allí. Detente.

Miré hacia atrás, no estaba seguro si el Rey me estaba hablando a mí. Si lo hacía, y lo observé mientras garabateaba una breve carta, la dobló y la añadió a la pila.

-Lleva esto con el resto. Los chicos de la sala de correo tendrán que corregir la dirección. -El rey arrojó el sobre a la pila en mis brazos sin cuidado, como si hubiera guardado algo sin valor. Me quedé allí, inmóvil, incapaz de llevar esa carga. -Ve, -dijo él finalmente, y como siempre, obedecí.

Tomé la pila y me moví a paso tortuga hacia la sala de correo.

Esto no es asunto tuyo, Aspen. Estás aquí para proteger la monarquía. Esto hace eso. Concéntrate en América. Deja que el mundo a tu alrededor se vaya al infierno, siempre y cuando puedas llegar a ella.

Me enderecé e hice lo que debía.

-Hey, Charlie.

Silbó mientras tomaba la pila.

-Día ocupado hoy.

-Eso parece. Um, era éste... el rey no tenía la dirección a la mano, dijo que tú tenías que ponerla. -Señalé la carta a Lamay en la parte superior.

Charlie abrió la carta para ver hacia donde debía enviarla, escaneándola rápidamente. Al terminar él parecía preocupado. Miró detrás de él antes de levantar los ojos hacia mí.

-¿Has leído esto? -preguntó en voz baja.

Negué con la cabeza. Tragué saliva, sintiéndome culpable por no admitir que ya conocía el contenido. Tal vez podría haberlo detenido, pero yo solo estaba haciendo mi trabajo.

-Hmm, -murmuró Charlie, girando rápidamente en su silla y corriendo dentro de la pila de correo ordenada.

-¡Vamos, Charles! -se quejó Martin. -¡Eso me llevó tres horas!

-Lo siento por eso. Pondré en orden todo. Digamos, Leger, dos cosas. -Charlie cogió un único sobre. -Esto llegó para ti.

Inmediatamente reconocí la letra de mamá.

-Gracias. -Me aferré al papel desesperado por noticias.

-No hay problema, -respondió casualmente, recogiendo una cesta de alambre. -Y ¿podrías hacerme un favor y llevar estos desechos de papel al incinerador? Probablemente deberías ir de inmediato.

-Seguro.

Charlie asintió, y metí mi carta al fondo de mi bolsillo para sujetar mejor la canasta.

El incinerador estaba cerca de los cuarteles de los soldados, y puse la cesta en el suelo antes de abrir la puerta con cuidado. Las brasas eran bajas, por lo que lancé los papeles cautelosamente, dejando espacio para que el aire llegara a ellos.

Si no hubiera necesitado ser cauteloso, probablemente no hubiera notado la carta a Lamay metida en los restos de sobres vacíos y direcciones mal escritas.

Charlie, ¿en qué estabas pensando?

Me quedé allí, debatiendo. Si lo llevaba de vuelta, él sabría qué había sido atrapado. ¿Quería que supiera que él estaba atrapado? ¿Quería que fuera capturado en absoluto?

Tiré la carta, fijándome como se quemaba. Yo había hecho mi trabajo, y el resto del correo sería enviado. No habría espacio para poner la culpa, y ¿Quién sabe a cuántas vidas había salvado? Había habido suficientes muertes, suficiente dolor.

Me alejé, lavándome las manos de todo. La justicia verdadera vendría eventualmente, a quien quiera estuviera en lo correcto o incorrecto en esa situación. Porque en este momento, era difícil saberlo.

De vuelta en mi habitación, desgarré mi carta, ansioso de escuchar de casa. No me gustaba que mi madre estuviera sin mí. Era un pequeño consuelo el poder enviarle dinero, porque siempre estaba preocupado por la seguridad familiar.

Parecía que el sentimiento era mutuo.

Sé que la amas. Pero no seas estúpido.

Por supuesto, ella estaba dos pasos delante de mí, adivinando las cosas sin preguntar. Ella sabía sobre América antes de que se lo dijera, sabía cuán molesto estaba sobre las cosas cuando nunca dije una palabra. Y allí estaba ella, a un país de distancia, advirtiéndome de no hacer lo que ella creía que positivamente haría.

Me quedé mirando el papel. El Rey parecía estar en el medio de una racha viciosa, pero yo estaba seguro que podía mantenerla fuera de su alcance. Y mi madre nunca me había guiado mal, pero ella no sabía lo bueno que yo era en mi trabajo. Rompí la carta y la tiré en el incinerador en mi camino a encontrarme con América.

Capítulo 5.-

Había calculado perfectamente. Si América lo lograba en los próximos cinco minutos, nadie se daría cuenta de nosotros. Sabía lo que me estaba arriesgando, pero no podía estar lejos de ella. La necesitaba.

Entonces la puerta se abrió y cerró rápidamente.

-¿Aspen?

Escuché su voz como tan a menudo antes.

-Justo como los viejos tiempos ¿eh?

-¿Dónde estás? -Di un paso saliendo por detrás de la cortina y la escuche jadear. -Me has asustado, -dijo jugando.

-No sería la primera vez, y no será la última.

América era muchas cosas, pero sigilosa no era una de ellas.

Mientras trataba de reunirse conmigo en el centro de la habitación, golpeó un sofá, dos mesas de noche, y tropezó con el borde de la alfombra. No quería ponerla nerviosa, pero realmente necesitaba que fuera más cuidadosa.

-¡Shhh! El palacio entero se va dar cuenta que estamos aquí, si sigues empujando las cosas, -susurré mas una burla que una advertencia.

Ella se rió.

-Lo siento. ¿No podemos encender la luz?

-No. -Me moví camino directo a ella. - Si alguien ve el brillo bajo la puerta, podrían atraparnos. Este corredor no está muy vigilado, pero quiero ser inteligente.

Finalmente llegó a mí, y todo en el mundo se sentía mejor, al segundo que toqué su piel. La abracé por un segundo antes de llevarla a una esquina.

-¿Cómo supiste siquiera de esta habitación?

Me encogí hombros.

-Soy un guardia. Y soy muy bueno en lo que hago. Conozco todo el recinto del palacio, dentro y fuera. Hasta el último camino, todos los lugares escondidos, e incluso las habitaciones más secretas. Pasa que también se la rotación de los guardias, qué áreas son generalmente las menos marcadas, que áreas son usualmente las menos vigiladas, y los puntos en el día cuando los guardias son menos. Si alguna vez quieres andar furtivamente alrededor del palacio, soy el chico con quien tienes que hacerlo. En una sola palabra, ella se mostro incrédula y orgullosa.

-Increíble.

Le di un suave tirón, y ella se sentó conmigo, el pequeño trozo de luz de luna apenas la hacía visible. Ella sonrió antes de ponerse seria.

-¿Estás seguro de que no corremos peligro? -Sabía que ella estaba viendo la espalda de Woodwork y las manos de Marlee, pensando en la vergüenza y la pérdida que nos espera si éramos descubiertos. Y eso si teníamos suerte. Pero yo tenía fe en mis habilidades.

-Confía en mí, Mer. Un número extraordinario de cosas tendría que pasar para que nos encontrasen aquí. Estamos a salvo.

La duda no dejó sus ojos, pero cuando pasé mi brazo alrededor de ella, ella cayó en mí, necesitando este momento tanto como yo.

-¿Cómo estás? -Fue tan agradable preguntarlo finalmente.

Suspiró tan fuerte que me sacudió.

-Está bien, creo. He estado muy triste, y enojada. -Parecía no darse cuenta de que su mano había ido instintivamente justo arriba de mi rodilla, el sitio exacto donde ella solía jugar con las hilachas en el agujero de mi pantalón. -Sobre todo, me gustaría poder deshacer los últimos días y tener a Marlee de regreso. A Carter también, y ni siquiera lo conozco.

-Yo sí. Él era una gran persona. -Su familia se dibujó en mi mente, y me pregunté cómo estarían sobreviviendo sin su proveedor principal. -Escuché que durante el tiempo que duró el castigo no dejó de decirle a Marlee que la amaba, para ayudarla a soportarlo.

-Es verdad. Al menos al principio. A mí me echaron antes de que acabara.

Sonreí y besé la parte superior de su cabeza.

-Sí, me enteré de eso también. -Al segundo siguiente que lo dije, me pregunté, porque no le dije que la había visto. No sé qué fue lo que hizo después de que el personal comenzara a susurrar sobre ello. Pero esa parecía ser la manera en la que yo lo tomaba: a través de la sorpresa de todos los demás, y por lo general, la admiración. -Estoy tan orgulloso de que te revelaras de esa manera. Esa es mi chica.

Ella se inclinó aún más cerca.

-Mi padre también estaba orgulloso. La reina dijo que no debía haber actuado de ese modo, pero que estaba contenta de que lo hubiera hecho. No sé qué pensar. Es como si hubiera estado bien y mal a la vez, y además no sirvió para nada.

La abracé con fuerza, no quería que dudara de lo que parecía natural para ella.

-Sí sirvió. Significó mucho para mí.

-¿Para ti?

Era incómodo admitir mis preocupaciones, pero ella tenía que saber.

-Sí. A veces me pregunto si *La Selección* te habrá cambiado. Te están cuidando constantemente, y tienes todos estos lujos. Me sigo preguntando si eres la misma América. Eso me hizo ver que sí, que todo esto no te ha afectado.

-Oh, sí que me ha afectado, pero no en ese sentido, -espetó, con voz aguda. -En realidad, este lugar me hace pensar que yo no nací para esto.

Luego su ira se desvaneció a la tristeza, y se ella se volvió hacia mí, hundió su cabeza en mi pecho, como si lo intentaba lo suficientemente duro, podría esconderse debajo de mis costillas. Quería mantenerla en mis brazos, tan cerca a mi corazón que ella prácticamente podría ser parte de él, y batir todo el dolor que pudiera venir en su camino.

-Escucha, Mer. -Empecé, sabiendo que el único camino para llegar a lo bueno sería atravesando lo malo. -Lo que pasa con Maxon es que es un gran actor. Siempre pone esa cara perfecta, como si estuviera por encima de todo. Pero no es más que una persona, y tiene los mismos problemas que cualquiera. Sé que lo aprecias, si no fuera así, no seguirías aquí. Pero tienes que saber que no es real.

Asintió, y sentí como si esto no fuera información nueva para ella, como si una parte de ella siempre hubiera sospechado esto.

-Es mejor que lo sepas ahora ¿Y si te casas y luego descubres que era así?

-Lo sé, -suspiró. -He estado pensando lo mismo.

Traté de no enfocarme en el hecho en que ella ya se había preguntado sobre una vida de casados con Maxon. Era parte de la experiencia. Tarde o temprano, estaba obligada a pensar en ello. Pero eso había pasado.

-Tú tienes un gran corazón, Mer. Sé que no solo puedes sobreponerte a las cosas, pero aun así está bien que quieras hacerlo. Eso es todo.

Estuvo en silencio pensando en mis palabras.

-Me siento tan tonta.

-Tú no eres tonta.

-Sí que lo soy.

Necesitaba hacerla sonreír.

-Mer, ¿tú crees que yo soy inteligente?

Su tono era ligero.

-Por supuesto.

-Es porque lo soy. Y soy demasiado listo como para enamorarme de una tonta. Así que ya puedes dejar de decir esas tonterías.

Ella se echó a reír como un susurro, pero fue suficiente para perforar a través de la tristeza. Yo había tenido mis propios dolores a casusa de *La Selección*, y necesitaba tratar de entenderla mejor. Ella no pidió poner su nombre en la lotería. Yo lo hice. Esto era mi culpa.

Una docena de veces, he querido explicarme a mí mismo, para rogar por la misericordia que ella ya me había dado. No la merezco. Tal vez es ahora. Tal vez, este era el momento en el que por fin podría realmente, realmente disculparme.

-Tengo la impresión de que te he hecho mucho daño, -dijo ella con la vergüenza cubriendo su voz. -No entiendo cómo es posible que puedas seguir enamorado de mí.

Suspiré. Actuaba como si ella necesitara el perdón, cuando sin duda era al revés.

No sabía cómo explicarle esto a ella. No había palabras lo suficientemente extensas para contener lo que sentía por ella. Ni siquiera podía darles sentido.

-Simplemente así son las cosas. El cielo es azul, el sol brilla y Aspen está irremediablemente enamorado de América. Así es como diseñaron el mundo. -Sentí como su mejilla subía contra mi pecho mientras sonreía. Si me atrevía a pedir disculpas, tal vez podría dejar claro que esos últimos minutos en la casa del árbol era una casualidad. -Ahora en serio, Mer, eres la única chica a la que he amado. No puedo imaginarme con ninguna otra. He

estado intentando prepararme para eso, por si acaso, y... no puedo.

Cuando las palabras fallaron, nuestros cuerpos hablaron. Sin besos, nada más que abrazos silenciosos, pero era todo lo que necesitábamos. Sentí todo lo que había sentido en Carolina, y estaba seguro que podíamos ser eso de nuevo. Tal vez, incluso más.

-No deberíamos quedarnos aquí mucho tiempo más, -dije, deseando que no fuera cierto. -Estoy muy confiado con mis habilidades, pero no quiero presionar.

De mala gana, se levantó y tiré de ella por un último abrazo, esperando que fuera suficiente para sostenerme hasta que pudiera volver a verla. Se aferró a mí con fuerza, como si tuviera miedo a dejarme ir. Sabía que los próximos días serían difíciles para ella, pero sea lo que pase, estaría aquí.

-Sé que es difícil de creer, pero siento mucho que Maxon resultara ser tan mal tipo. Yo quería que volvieras, pero no que lo pasaras mal. Y sobre todo no de este modo.

-Gracias, -murmuró.

-Lo digo en serio.

-Sé que lo haces. -Titubeó. -Pero, esto no ha terminado. No mientras siga aquí.

-Sí, pero te conozco. Lo sobrellevarás para que tu familia siga cobrando su dinero y para poder verme, pero él tendría que deshacer el pasado para arreglar esto. -Puse su cabeza bajo mi barbilla, manteniéndola tan cerca durante todo el tiempo que pude. -No te preocupes, Mer. Yo cuidaré de ti.

Capítulo 6.-

Tenía la vaga sensación de estar soñando. América estaba al otro lado de la habitación, atada a un trono, y Maxon tenía una mano sobre su hombro, tratando de empujarla, en sumisión. Sus preocupados ojos me estaban mirando, y luchaba por llegar a mí. Pero entonces, vi que Maxon también me miraba. Su mirada era amenazadora, y se parecía tanto a su padre en ese momento. Tenía que llegar a ella, desatarla y así poder correr. Pero no me podía mover. Yo también estaba atado, en el potro como Woodwork. El miedo corría por mi piel, frío y demandante. No importaba cuanto lo intentáramos nunca podríamos salvarnos el uno al otro.

Maxon caminó hacia una almohada, cogió una elaborada corona, y la trajo sobre la cabeza de América. Aunque ella lo miró con recelo, no luchó cuando él la dejó en su brillante pelo rojo. Pero no se quedó puesta. Se deslizó una y otra vez.

Sin inmutarse, Maxon metió su mano en el bolsillo y sacó lo que parecía un gancho doble. Alineó la corona y empujó el gancho dentro, fijándolo en la cabeza de América. A medida que el pasador entraba, sentí dos puñaladas en mi espalda y grité de la quemadura misma. Esperé sentir la sangre, también, pero no vino. En su lugar vi como la sangre fluía del gancho en la cabeza de América, mezclándose con su cabello rojo y pegándose a su piel. Maxon sonreía mientras empujaba gancho tras gancho, y yo gritaba de dolor cada vez que un gancho perforaba la piel de América, miraba horrorizado, mientras la sangre de la corona la ahogaba.

Desperté de repente. Había tenido pesadillas como esas por meses, y nunca una sobre América. Sequé el sudor de mi frente,

recordándome a mí mismo que no era real. Aún así, el dolor de los ganchos hizo eco en mi piel, y me sentí mareado.

Al instante, mi mente fue a Woodwork y Marlee. En mi sueño, tomaría felizmente todo el dolor si eso significaba que América no sufriría. ¿Se habría sentido Woodwork de la misma manera? ¿Habría deseado poder tomar dos veces el castigo para excusar a Marlee?

-¿Estás bien, Leger? -Preguntó Avery. La habitación todavía estaba a oscuras, así que debió haberme escuchado agitándome.

-Sí. Lo siento. Mal sueño.

Me di vuelta para enfrentarme a él incluso aunque no podía ver nada. Sólo los oficiales de alto rango tenían habitaciones con ventanas.

-¿Qué pasa? -pregunté.

-No lo sé. ¿Estaría bien si reflexione en voz alta por un minuto?

-Claro. -Avery había sido un gran amigo. Lo menos que podía hacer era dedicarle unos minutos de mi sueño.

Lo escuché sentarse, deliberando antes de hablar.

-He estado pensando sobre Woodwork y Marlee. Y sobre Lady América.

-¿Qué pasa con ella?, -le pregunté, sentándome.

-Al principio cuando vi a Lady América correr por Marlee, estaba molesto. Porque, ¿no debería ella saberlo mejor? Woodwork y Marlee cometieron un error, y debían ser castigados. El rey y el Príncipe Maxon tiene que mantener el control, ¿cierto?

-Bien.

-Pero cuando las doncellas y los mayordomos estuvieron hablando de ello, estaban alabando a Lady América. No tenía sentido para mí porque, pensé que lo que ella hizo estaba mal. Pero, bueno, ellos han estado mucho más tiempo aquí que nosotros. Tal vez han visto mucho más. Tal vez ellos sepan algo.

-Y si saben algo, y ellos piensan que Lady América estaba en lo correcto al hacer lo que hizo... entonces ¿Qué me estoy perdiendo?

Estábamos pisando terreno peligroso aquí. Pero él era mi amigo, el mejor que he tenido. Confiaría en Avery con mi vida, y el palacio era un lugar donde me vendría bien un aliado.

-Esas es una buena pregunta. Te hace pensar.

-Exactamente. Como algunas veces cuando estoy de guardia en la oficina del rey, el príncipe está trabajando y entonces se marcha a hacer algo. El Rey Clarkson recoge el trabajo del Príncipe Maxon y deshace la mitad de todo ello. ¿Por qué? ¿No podría al menos hablar con él al respecto? Pensé que él lo estaba entrenando.

-No lo sé. ¿Es controlador? -Mientras decía la palabra, me di cuenta que era parcialmente cierto. A veces sospechaba que Maxon no sabía del todo lo que estaba pasando. -Tal vez Maxon no es tan competente como el rey piensa que debería ser a estas alturas.

-¿Qué si el príncipe es más competente y al rey no le gusta? Contuve la risa.

-Es difícil de creer. Maxon parece distraerse con facilidad.

-Hmm. -Avery se movió en la oscuridad. -Tal vez tengas razón. Simplemente parece que las personas se sienten diferentes sobre él que sobre el rey. Y ellos hablan sobre Lady América, como si ellos pudieran tener la oportunidad de escoger a la princesa, sería ella. Si ella es del tipo de desobedecer así, ¿significa que el Príncipe Maxon también lo haría?

Sus preguntas golpearon en cosas que no quería reconocer.

¿Podría el Príncipe Maxon ser empujado contra su padre? Y si ese era el caso, ¿Ser empujado contra la corona y todo lo que representaba? Nunca he sido un fan de la monarquía; creo que yo podría odiar seriamente a cualquiera que peleara por ella.

Pero mi amor por América era más grande que todo lo demás y porque Maxon se interponía entre ese amor y yo, no creo que haya algo que él pudiera hacer o decir que me hiciera considerarlo una persona decente.

-Realmente no lo sé, -respondí sinceramente. -Él no detuvo lo que pasó a Woodwork.

-Sí, pero no quiere decir que le gustara, -bostezó Avery. -Sólo estoy diciendo, hemos sido entrenados para observar a cada persona que entra en el palacio y buscar segundas intenciones. Tal vez deberíamos hacer lo mismo con las personas que ya están aquí.

Sonreí.

-Es posible que tengas algo allí, - admití.

-Por supuesto. Soy el cerebro de esta operación. - Susurró con sus mantas, acomodándose de nuevo.

-Ve a dormir, cerebritito. Necesitaremos de tu inteligencia mañana, -bromeé.

-Estoy en eso. -Se quedó quieto por tal vez un minuto entero antes de intervenir de nuevo. -Hey, gracias por escuchar.

-En cualquier momento. ¿Para qué están los amigos?

-Sí. -Volvió a bostezar. -Echo de menos a Woodwork.

Suspiré.

-Lo sé. Yo lo extraño, también.

Capítulo 7.-

No me importaban tanto las inyecciones, pero picaba como el infierno durante aproximadamente una hora después. Lo que era peor, es que daban una extraña energía pulsante que permanecía durante la mayor parte del día. No era raro encontrar a un puñado de guardias corriendo vueltas durante horas o escoger algunas tareas laboriosas en todo el palacio sólo para ayudar a quemar las calorías. El médico tenía razón al limitar el número de guardias que la recibían en un día.

-Oficial Leger, -llamó el doctor Ashlar, y entré en la oficina y me detuve junto a la pequeña mesa de exanimación cerca de su escritorio. El ala de enfermería era lo suficientemente grande para acomodarnos a todos, pero esto se sentía mejor en privado.

Él asintió en reconocimiento, y me di la vuelta y tiré de la cintra de mis pantalones hacia abajo unas cuantas pulgadas. Me negué a permitirme saltar, no cuando el frío antiséptico pasó por mi piel, o cuando la aguja perforó mi piel.

-Todo listo, -dijo él alegremente. - Ve a ver a Tom por tus vitaminas y compensaciones.

-Sí, señor. Gracias.

Cada paso palpitaba, pero no permití que se notara.

Tom me dio unas pastillas y agua, y después de beberlas, puse mis iniciales en su pequeño papel y tomé mi dinero, pase por mi habitación para guardarlo antes de dirigirme a la pila de leña.

Ya, con la abrumadora necesidad de moverme.

Cada oscilación del hacha traía una desesperada necesidad de liberación. Me sentí hipercargado todo el día, lleno por la inyección, las preguntas de Avery, y ese siniestro sueño.

Pensé en el rey diciendo que América era usar y tirar. Parecía poco probable que América pudiera ganar ahora, cuando ella estaba tan molesta con Maxon, pero me preguntaba, ¿Qué pasaría si la única persona que el rey nunca tuvo la intención que ganara la corona lo hiciera?

Y si Marlee había sido la favorita, tal vez incluso el rey la había escogido personalmente para ganar, ¿En quien mantenía sus esperanzas ahora?

Traté de concentrarme, pero mis pensamientos se empañaron bajo el insaciable impulso de moverme. Levanté y balaceé, y sólo me detuve dos horas después porque ya no quedaba nada que cortar.

-Hay todo un bosque detrás, si necesitas un poco más.

Me volví, y ese viejo guardián de establos estaba allí, sonriendo.

-De hecho creo que ya terminé, -le respondí. A medida que recuperaba el aliento, estaba seguro que lo peor de los efectos de la inyección había pasado.

Él se acercó.

-Te ves mejor. Más tranquilo.

Me eché a reír, sintiendo salir el medicamento de mi sistema.

-Era una diferente energía la que necesitaba quemar hoy.

Se sentó en uno de los trozos de madera cortada, parecía totalmente en casa. No tenía ni idea de qué hacer con este tipo.

Froté mis manos sudorosas en mis pantalones, tratando de pensar que decir.

-Hey, lo siento por el otro día. No fue mi intención hacerte pasar un mal rato, yo...

Él levantó sus manos.

-No hay ningún problema. Y no era mi intención ser molesto. Pero he visto a muchas personas dejar que lo malo alrededor de

ellos los vuelva duros o tercos. Al final, pierden la oportunidad de hacer su mundo mejor, ya que sólo ven lo peor de él.

Aún había algo en su tono de voz y sus facciones que me hacía sentir como si yo lo conociera.

-Sé a lo que te refieres. -Negué con la cabeza. -Y no quiero ser así. Pero estaba tan molesto. Algunas veces siento como si tuviera demasiada información, o que he hecho cosas que no pueden estar bien, y simplemente caen sobre mí. Y cuando veo que suceden cosas que no deberían...

-No sabes qué hacer contigo mismo.

-Exactamente.

Él asintió.

-Bien, me gustaría empezar por pensar en lo que es bueno. Luego me pregunto cómo hacer eso bueno aún mejor.

Me eché a reír.

-Eso no tiene sentido.

Se puso de pie.

-Sólo piensa un poco en ello.

Mientras caminaba de regreso al palacio, traté de recordar de dónde lo conocía. Tal vez había pasado por Carolina antes de trabajar para el palacio. Muchos Seis andaban a la deriva.

Lo que sea que él haya sido, lo que sea que él haya visto, no ha dejado que lo derribe. Debí haber preguntado su nombre, pero parecía que nos encontrábamos a menudo, así que pensé que pronto nos encontraríamos de nuevo. Cuando yo no estaba de mal humor, de hecho era un tipo decente.

Después de asearme, fui a mi dormitorio, aun pensando en las palabras del guardián de establos. ¿Qué era bueno? ¿Cómo podía hacerlo mejor?

Recogí el sobre con el dinero. No necesitaba usar ni un centavo en el palacio, por lo que todo era para mi familia. Usualmente.

Escribí una nota a mi madre.

Siento que no sea mucho esta vez. Ha surgido algo. Más la próxima semana. Con amor, Aspen.

Empujando un poco menos de la mitad de mis ingresos en un sobre con la carta, lo puse a un lado y saqué otra hoja de papel. Sabía la dirección de Woodwork de memoria, ya que yo la había escrito por él una docena de veces. El analfabetismo parecía más común de lo que mayoría de gente sabía, pero Woodwork estaba tan preocupado que la gente pensara que era estúpido o que no valía la pena que yo era al único guardia al que le confiaba su secreto.

Dependiendo de muchas cosas, donde vivías, que tan grande era tu escuela, o si eras no más que un pesado siete, una persona tendría que pasar por una década de instrucciones antes de saber casi nada. No podía decir que Woodwork se había deslizado por las grietas. Él había sido empujado por enorme hoyo.

Y ahora, no teníamos ni idea de dónde estaba, qué estaba haciendo, o si Marlee estaba ahí para él.

Mrs. Woodwork.

Es Aspen. Todos lo sentimos por su hijo. Espero que este bien. Esto era lo último de su compensación. Sólo quería asegurarme que lo tuviera. Cuídese.

Me debatí en decir más. No quería que pensara que estaba recibiendo caridad, así que abreviar parecía lo mejor. Pero tal vez de vez en cuando, podría enviarle algo de forma anónima.

La familia era buena, y Woodwork todavía estaba alrededor. Tenía que tratar de ayudarlos.

Capítulo 8.-

Esperé hasta estar seguro que todos dormían antes de abrir la puerta de América. Quedé encantado de encontrarla aun despierta. Había estado deseando que esperara por mí, y por la forma en que la deo su cabeza y se inclinó hacia mí me hizo pensar que ella me estaba esperando esta noche.

Dejé la puerta abierta como siempre y me arrodillé junto a su cama.

-¿Cómo has estado?

-Bien, supongo. -Pero pude darme cuenta que no quería decir eso. -Celeste me ha enseñado un artículo. Pero no sé siquiera que quiera hablar de ello. Me tiene harta.

¿Qué pasaba con esa chica? ¿Piensa que puede torturar y manipular a las personas en su camino a la corona? Su continua presencia aquí era un ejemplo más del horrible gusto de Maxon.

-Supongo que ahora se ha ido Marlee, Maxon no enviará a nadie a casa hasta dentro de un tiempo, ¿eh?

Vi como le tomo toda su energía para mover sus hombros tristemente.

-Hey. -Moví una mano a su rodilla. -Todo saldrá bien.

Me dio una sonrisa débil.

-Lo sé. Pero es que la echo de menos. Y me siento confusa.

-¿Confusa por qué?

Pregunté, moviéndome en una posición más cómoda.

-Todo. -Su voz era desesperada. -Sobre lo que hago aquí, lo que soy. Pensé que lo sabía. -Movía sus manos nerviosamente, como si pudiera atrapar las palabras correctas. -Ni siquiera sé explicarlo.

Miré a América y me di cuenta que la pérdida de Marlee y descubrir la verdad sobre el carácter de Maxon, la había expuesto a

verdades que no quería pensar fuera de ahí. La desembriago, tal vez demasiado rápido. Parecía paralizada, temerosa a tomar cualquier tipo de paso porque no sabía que iba a derrumbarse en el camino. América me había visto perder a mi padre y hacer frente a la paliza de Jemmy, y vio mientras luchaba por mantener a mi familia alimentada y segura. Pero sólo había visto eso; no lo había experimentado. Su familia estaba intacta, excepto su hermano perdedor, ella realmente nunca había perdido nada.

Excepto, tal vez tú, idiota, acusó una parte de mi. Negué alejando el pensamiento. Este momento se trata sobre ella, no de mi.

-Tú sabes quién eres, Mer. No dejes que te cambien.

Movió su mano, como si quisiera alcanzarme y tocarme. Sin embargo, no lo hizo.

-Aspen, ¿Puedo preguntarte algo? -La preocupación aun pintaba todos los rincones de su cara.

Asentí.

-Sé que es algo raro, pero si ser princesa no supusiera casarse con alguien, si no fuera más que un trabajo para el que pudieran seleccionarme, ¿Crees que sería capaz de hacerlo?

De todo lo que había estado esperando, no era esto. Encontré difícil seguir creyendo que aún estaba considerando en convertirse en la princesa. Por otra parte, tal vez no lo estaba. Esto era hipotético, y había dicho que pensara en ello sin que estuviera vinculada a Maxon.

Teniendo en cuenta la forma en que había manejado todo lo que había sucedido en público, podía adivinar que se sentiría impotente cuando se enfrentara a las cosas que ocurren a puertas cerradas. Ella era estupenda en muchas cosas, pero...

-Lo siento, Mer. Pero no lo creo. No tienes en ti ser tan calculadora como ellos. -Traté de transmitirle que no la estaba

insultando. En todo caso, yo estaba feliz que no fuera ese tipo de persona.

Ella frunció sus finas cejas.

-¿Calculadora? ¿Y eso?

Exhalé, tratando de explicarle esto sin ser demasiado específico.

-Yo estoy en todas partes, Mer. Escucho cosas. Hay grandes altercados en el sur, en las zonas con mayor concentración de castas bajas. Por lo que dicen los guardias más veteranos, esa gente nunca estuvo especialmente de acuerdo con los métodos de Gregory Elléa, y que los altercados suceden desde hace mucho tiempo. Según dicen, ese fue uno de los motivos por los que la reina resultara tan atractiva para el rey. Procedía del sur, y eso los aplacó un tiempo. Aunque ahora parece que ya no tanto.

Ella consideró esto.

-Eso no explica lo que querías decir con Calculadora.

¿Qué tan malo podría ser si compartía lo que sabía con ella? Ella mantuvo nuestra relación en secreto por dos años. Podía confiar en ella.

-Estaba en una de las oficinas el otro día, antes de todo el jaleo de Halloween. Hablaban de los simpatizantes de los rebeldes del sur. Me ordenaron que llevara unas cartas al Departamento de Correos. Eran más de trescientas cartas, América. Trescientas familias que iban a degradar, a bajarles una casta por no informar de algo o por colaborar con alguien considerado una amenaza para el palacio.

Ella respiró hondo, y vi cómo se desplegaban una docena de escenarios delante de sus ojos.

-Lo sé. ¿Te lo puedes imaginar? ¿Y si fueras tú, y lo único que supieras hacer fuera tocar el piano? De pronto se supone que tendrías que trabajar de empleada. ¿Sabrías siquiera dónde ir a buscar ese tipo de trabajo? El mensaje está bastante claro.

Su preocupación se movió.

-¿Tu...? ¿Maxon lo sabe?

Esa era una buena pregunta.

-Supongo que tiene que. No falta mucho para que él mismo gobierne el país.

Asintió y dejó que eso fuera a la parte superior de todas las cosas nuevas que había aprendido sobre su casi novio.

-No se lo digas a nadie, ¿de acuerdo? -le supliqué. -Un desliz como ese podría costarme mi empleo.

Y mucho más, añadí mentalmente.

-Claro. Ya está olvidado.

Su tono era ligero, tratando de ocultar el peso de sus preocupaciones. Sus esfuerzos me hicieron sonreír.

-Echo de menos el tiempo que pasaba contigo, lejos de todo esto. Añoro nuestros problemas de antes. -Me lamenté.

¿Qué no daría por estar irritado con ella por hacerme la cena?

-Sé lo que quieres decir, -dijo con una sonrisa. Una real. -

Escaparme por la ventana era mucho mejor que escabullirme por un palacio.

-E ir mendigando un céntimo para poder dártelo a ti era mejor que no tener nada que darte en absoluto. -Di un golpecito a al frasco junto a su cama. Siempre me he tomado eso como una buena señal, que la lo mantuviera cerca incluso antes de que yo estuviera en el palacio. -No tenía idea que los habías ido ahorrando hasta el día antes de que te fueras, -añadí, recordando con admiración dejándola caer en mi palma.

-¡Por supuesto que sí! -Exclamó con orgullo. - Cuando estabas lejos, era lo único a lo que me podía agarrar. A veces las dejaba caer en mis manos, encima de la cama, solo para agarrarlos y volver a meterlos en el frasco. Era agradable tener algo que habías tocado antes.

Ella estaba tan mal como yo lo estaba. Nunca tomé nada de ella para mantenerlo como mío, pero guardé cada momento como si fuera una cosa física. Hojeaba a través de recuerdos cuando las cosas estaban quietas. Pase más tiempo con ella del que ella sabe. -¿Qué hiciste con todos ellos? -me preguntó.

Sonreí.

-Están en casa, esperando.

Había guardado un poco de dinero para casarme con América antes de que se marchara. En estos días tenía a mi madre guardando una porción de cada cheque de mi pago, y estaba seguro que ella sabía donde las guardaba yo. Pero en el rincón máspreciado de ese escondite estaban las monedas de un centavo. -¿El qué?

Por una boda decente. Por anillos reales. Por un hogar propio.

-Eso, no lo puedo decir.

Le diría todo lo suficientemente pronto. Todavía estábamos trabajando en la manera de estar juntos de nuevo.

-Bien, guárdate tus secretos, -dijo, pretendiendo estar molesta. -Y no te preocupes por no poder darme nada. Estoy contenta solo con que estés aquí, que al menos tú y yo podamos arreglar las cosas, aunque no sea como antes.

Fruncí el ceño. ¿Estábamos muy lejos de donde habíamos estado? ¿Tan lejos que necesitaba mencionarlo? No. No para mí. Aún éramos esas personas de California, y necesitaba que recordara eso. Yo quería darle el mundo, pero todo lo que tenía en este momento eran las ropas en mis espaldas. Miré hacia abajo, arranqué un botón, y se lo ofrecí.

-Yo literalmente no tengo nada para darte, pero puedes guardar esto, algo que he tocado, y pensar en mí en cualquier momento. Y sabrás que yo también estoy pensando en ti.

Tomó el pequeño botón, dorado de mi mano, y lo miró como si le hubiese dado la luna. Su labio tembló y respiró lentamente, como si fuera a llorar. Tal vez había hecho todo esto mal.

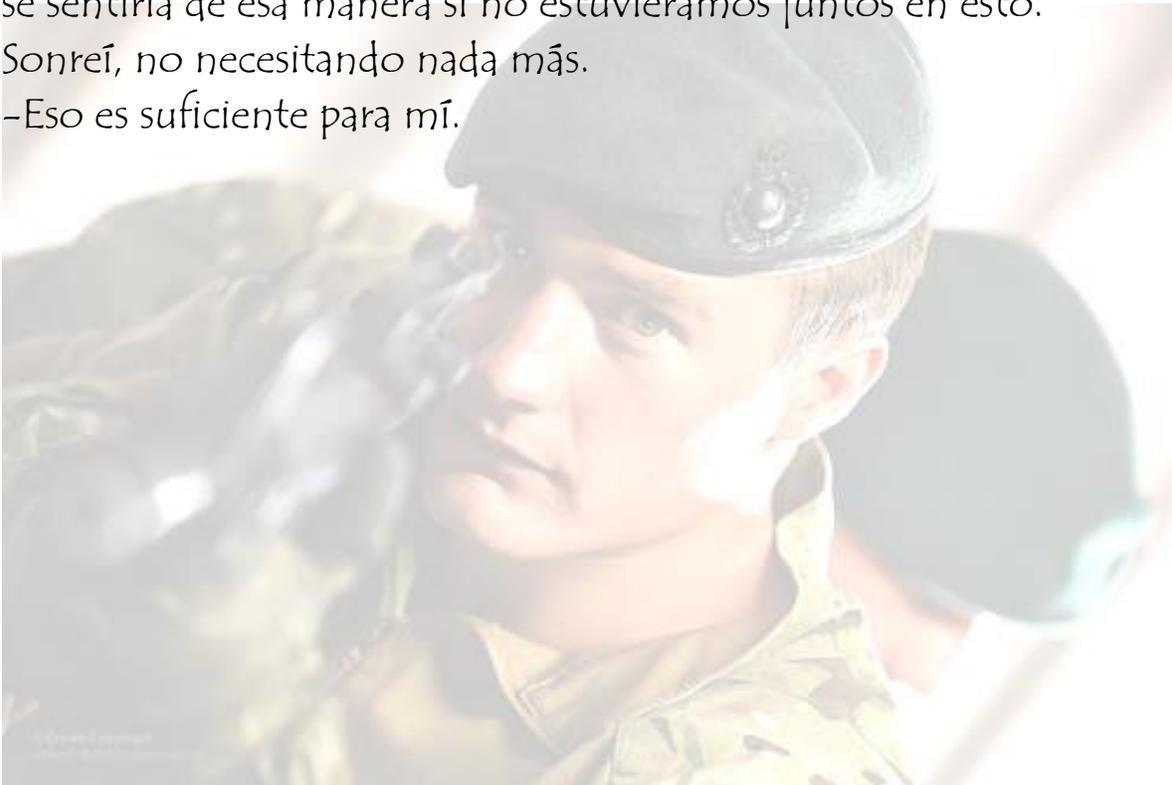
-No sé cómo hacer esto ahora, -confesó. -Siento que no sé hacer nada. Yo... No te he olvidado, ¿de acuerdo? Aun sigue aquí.

Se llevó la mano al pecho, y vi sus dedos clavarse en su piel, tratando de calmar lo que estaba ocurriendo en su interior.

Sí, aún teníamos un largo camino que recorrer, pero sabía que no se sentiría de esa manera si no estuviéramos juntos en esto.

Sonreí, no necesitando nada más.

-Eso es suficiente para mí.



Capítulo 9.-

Había escuchado sobre la fiesta de té del rey para las damas de la Elite y sabía que América no estaría en su habitación cuando llamé a la puerta.

-Oficial Leger, -dijo Anne, abriendo la puerta con una gran sonrisa. -Qué placer verte.

Por sus palabras, Lucy y Mary se acercaron a saludarme

-Hola, oficial Leger, -dijo Mary.

-Lady América está afuera ahora mismo. Té con la familia real. - Agregó Lucy.

-Oh, lo sé. Me preguntaba si podría hablar con ustedes damas, por un momento.

Anne hizo un gesto para yo entrara.

-Por supuesto.

Me dirigí a la mesa, y se apresuraron a sacar una silla para mí.

-No, -insistí. -Ustedes siéntense.

Mary y Lucy, tomaron dos asientos, mientras que Anne y yo nos quedamos de pie.

Me quité el sombrero y puse una mano en la parte trasera de la silla de Mary. Quería que se sintieran cómodas hablando conmigo, y esperaba que dejar un poco la formalidad me permitiera eso.

-¿Cómo podemos ayudarle? -Preguntó Lucy.

-Simplemente estaba haciendo un recorrido de seguridad, y quería ver si ustedes habían notado algo inusual. Probablemente suene tonto, pero las cosas más pequeñas pueden ayudar a mantener a la Elite segura.

Había algo de verdad en eso, pero no estábamos exactamente a cargo de la búsqueda de esa información.

Anne inclinó la cabeza pensando mientras los ojos de Lucy fueron hacia el techo mientras se preguntaba.

-No lo creo, -comenzó Mary.

-En todo caso, Lady América ha estado menos activa desde Halloween, -ofreció Anne.

-¿Debido a Marlee? -Supuse. Todas asintieron en respuesta.

-No estoy segura si lo ha superado, -dijo Lucy. -No es que la culpe.

Anne le palmeó el hombro.

-Por supuesto que no.

-Así que, más allá de sus viajes a la habitación de las mujeres, y las comidas, ¿más o menos se queda en su habitación?

-Sí, -confirmó Mary. - Lady América ha hecho eso en el pasado, pero estos últimos días... es como si se estuviera escondiendo.

¿De qué?, deduje dos cosas importantes. Primero, América no estaba pasando más tiempo a solas con Maxon. Segundo, nuestras reuniones seguían sin ser detectadas, incluso por los más cercanos a ella.

Ambos de esos detalles hicieron que mi corazón se inflamara con esperanza.

-¿Hay algo más que deberíamos estar haciendo? -pregunto Anne. Sonreí porque era la clase de pregunta que yo me hubiera hecho si fuera ella, tratando de encontrar la manera de salir adelante con un problema.

-No lo creo. Presten atención a las cosas que ven y escuchan, como siempre, y siéntanse libres de ponerse en contacto directamente conmigo si piensan que hay algo extraño.

Sus rostros estaban todos ansiosos, y tan dispuestos a complacer.

-Eres un maravilloso soldado, Oficiala Leger, -dijo Anne.

Negué con la cabeza.

-Sólo hago mi trabajo. Y, como ustedes saben, Lady América es de mi provincia, y quiero cuidar de ella.

Mary se volvió hacia mí.

-Creo que es gracioso que seas de la misma provincia y que prácticamente eres su guardia personal ahora. ¿Vivías cerca de ella en Carolina?

-Más o menos. -Traté de mantener nuestra cercanía vaga.

Lucy sonrió brillantemente.

-¿La habías visto alguna vez cuando era más joven? ¿Cómo era mientras crecía?

No pude evitar sonreír.

-Me encontré con ella un par de veces. Era una marimacho. Siempre afuera con su hermano. Terca como una mula, y que yo recuerde muy, muy talentosa.

Lucy se rió.

-Así que, básicamente, la misma de siempre, -dijo, todas se rieron.

-Bastante, -confirmé.

Esas palabras hicieron que la sensación en mi pecho creciera aún más. América era mil cosas familiares, y por debajo de los vestidos de baile y joyas, todo estaba todavía allí.

-Debería bajar. Quiero asegurarme de ver el Reporte. -Pasé entre las chicas y tomé mi sombrero.

-Tal vez deberíamos ir contigo, -sugirió Mary. -Es casi la hora.

-Ciertamente.

Para el personal, el Reporte era el único momento de televisión permitido, y sólo había tres lugares para verlo: La cocina, la sala de trabajo, donde las doncellas hacían sus costuras, y una larga sala común que por lo general se convertía en otra área de trabajo en vez de un lugar para estar en comunión. Yo prefería la cocina.

Anne lideró el camino hacia allí, mientras que Mary y Lucy se quedaron atrás conmigo.

-He oído algo sobre unos visitantes, oficial Leger, -dijo Anne, deteniéndose por un momento para compartir. -Pero eso sólo podría ser un rumor.

-No, es cierto, -respondí. -No sé los detalles, pero he escuchado que tenemos dos fiestas diferentes viniendo.

-Yay, -dijo Mary con sarcasmo. -Sé que voy a quedar atrapada con la plancha de vapor de nuevo. Oye, Anne, lo que sea que te asignen, ¿podemos negociar? -preguntó ella, corriendo hasta Anne, mientras ella se debatían sobre quien haría determinada tarea.

Extendí mi brazo para Lucy.

-Madam.

Ella sonrió y pasó su mano a través del hueco del brazo, levantando su nariz al aire.

-Buen señor.

Nos movimos por el pasillo. Mientras charlaban sobre diligencias que había que hacer y los vestidos que necesitaban hacer el dobladillo, me di cuenta porque estaba casi siempre feliz cuando pasaba tiempo con las doncellas de América.

Yo podía ser un seis con ellas.

Me senté en una esquina con Lucy en un lado y Mary por el otro. Anne se inclinó, callando a las personas mientras comenzaba el Reporte.

Cada vez que las cámaras captaban una toma de las chicas, podía decir que algo andaba mal. América parecía abatida. Lo que era peor, podía decir que estaba tratando de no lucir de esa manera y fallando espectacularmente.

¿Qué la tenía tan preocupada?

Por el rabillo de ojo, vi a Lucy retorciéndose las manos.

-¿Qué pasa? -le susurré.

-Algo no está bien con mi Lady. Lo puedo ver en su rostro. -Lucy llevó una mano a su boca y empezó a masticar una uña. -¿Qué le pasó? Lady Celeste luce como gato al acecho. ¿Qué vamos a hacer si ella gana?

Puse mi mano en la suya sobre su regazo, y milagrosamente se quedó quieta, mirándome desconcertada a los ojos. Me dio la sensación que las personas ignoraban los nervios de Lucy.

-Lady América va a estar bien.

Ella asintió, confortada con mis palabras.

-Pero ella me agrada, -susurró. -Quiero que se quede. Parece que todo el mundo se marcha cuando necesito que se queden.

Así que, Lucy había perdido a alguien. Tal vez muchos alguienes. Sentí que entendí un poco mejor su ansiedad.

-Bueno, tú estás atascada conmigo por cuatro años. -Le di gentilmente un codazo y ella sonrió, manteniendo las lágrimas en sus ojos.

-Eres muy amable, oficial Leger. Todos pensamos eso. -Secó sus pestañas

-Bueno, creo que ustedes damas, son muy amables, también. Siempre estoy contento de verlas.

-No somos damas, -respondió, mirando hacia abajo. Negué con la cabeza.

-Si Marlee todavía puede ser una dama porque se ha sacrificado por alguien que le importaba, entonces sin duda tú también puedes. De la manera en que lo veo, tú te sacrificas todos los días. Das tu tiempo y energía a otra persona, y eso es exactamente la misma cosa.

Vi a Mary espiando antes de centrarse en el televisor de nuevo. Anne pudo haber notado mis palabras también. Parecía estar inclinada para escuchar.

-Eres el mejor que tenemos, Oficiala Leger.

Sonreí.

-Cuando estemos aquí, ustedes tres pueden llamarme Aspen.



Capítulo 10.-

Perdí mi entusiasmo durante los treinta minutos que pasé mirando el reloj. Era bien pasada la medianoche ahora, y todo lo que podía hacer era contar las horas hasta el amanecer. Pero al menos mi aburrimiento significaba que América estaba bien. El día había transcurrido sin incidentes a excepción de la confirmación final de los próximos visitantes.

Mujeres. Muchas mujeres.

Parte de mí se sintió alentado por la noticia. Las damas que venían a palacio tendían a ser menos agresivas físicamente. Pero sus palabras podrían probablemente comenzar guerras si eran dichas en el tono equivocado.

Los miembros de la Federación Alemana eran viejos amigos, así que tuvimos que trabajar en nuestra seguridad a favor. Los italianos eran los comodines.

Pensé en América toda la noche, preguntándome lo qué significaba su apariencia en el informe. No estaba seguro si quería cuestionarla al respecto. Se lo dejé a ella. Si tenía la oportunidad de compartir, la escucharía. Por ahora, necesitaba concentrarse en lo que se le avecinaba. Mientras más se quedara en el palacio, más la tenía conmigo.

Rodé los hombros, escuchando mis huesos tronar. Sólo un par de horas más para irme. Me enderecé y atrapé a un par de ojos azules que me miraban a escondidas por el borde del pasillo.

-¿Lucy?

-Hola, -respondió, saliendo de la esquina. Justo detrás de ella, la seguía Mary sosteniendo una canasta pequeña en sus brazos, con el contenido tapado con tela.

-¿Lady América las llamó? ¿Está todo bien? -Alcancé la manija para abrir la puerta para ellas.

Lucy puso una mano delicada sobre su pecho, parecía nerviosa.

-Oh, todo está bien. Um, veníamos a ver si estabas aquí.

Entrecerré los ojos, alejando mi mano.

-Bueno, si estoy. ¿Necesitan algo?

Se miraron la una a la otra antes de que Mary hablara.

-Acabamos de notar que has estado trabajando muchos turnos en los últimos días. Pensamos que podrías estar hambriento.

Mary retiró la tela, revelando un pequeño surtido de panecillos, pasteles y pan, probablemente tomados de los preparativos para el desayuno.

Les di una media sonrisa.

-Eso es muy amable de su parte, pero, uno, se supone que no debo comer mientras estoy de servicio, y, dos, se habrán dado cuenta de soy un tipo bastante fuerte. -Flexioné mi brazo y ellas rieron. -Puedo cuidar de mi mismo.

Lucy inclinó la cabeza.

-Sabemos que eres fuerte, pero aceptar ayuda es también un tipo de fuerza.

Sus palabras casi me dejan sin aliento. Me hubiera gustado que alguien me hubiera dicho eso hace meses. Podría haberme ahorrado mucho dolor.

Miré sus rostros, tan parecidos a América en esa última noche en la casa del árbol: esperanzadas, entusiasmadas, cálidas. Mis ojos se movieron a la canasta de alimentos. ¿Realmente iba a seguir haciendo esto? ¿Alineando a las pocas personas quienes genuinamente me hacían sentir como yo mismo?

-Este es el trato: Si alguien viene, tū me lanzaste al suelo y me obligaron a comer. ¿Entendido?

Mary sonrió, tendiéndome la canasta.

-Entendido.

Tomé un pedazo de pan de canela y lo mordí.

-Ustedes van a comer, también, ¿verdad? -pregunté mientras masticaba.

Lucy juntó las manos con entusiasmo antes de buscar en la canasta, y Mary rápidamente siguió su ejemplo.

-Así que, ¿qué tan buena son sus habilidades de lucha? -bromeé.

-Digo, quiero estar seguro de que tenemos la historia correcta.

Lucy se cubrió la boca, sonriendo.

-Curiosamente, eso no es parte de nuestro entrenamiento. Jadeé.

-¿Qué? Eso es algo importante aquí. Limpiar, Servicio, Combate cuerpo a cuerpo.

Ellas se rieron mientras comían.

-Lo digo en serio. ¿Quién está a cargo? Voy a escribirle una carta.

-Se lo mencionaremos a la directora de las doncellas en la mañana, -prometió Mary.

-Bien. -Di otro bocado y negué con la cabeza con indignación fingida.

Mary tragó.

-Eres divertido, Oficial Leger.

-Aspen.

Ella sonrió de nuevo.

-Aspen. ¿Te vas a quedar cuando termine tu plazo? Estoy segura de si lo solicitas, el palacio te querría como guardia permanente.

Ahora que era un dos, sabía que quería seguir siendo un soldado... ¿pero en el palacio?

-No lo creo. Mi familia está en Carolina, así que, probablemente trataré de servir allí si puedo.

-Es una lástima, -susurró Lucy.

-No te pongas triste aún. Todavía tengo cuatro años por delante.

Ella me dio una pequeña sonrisa.

-Es cierto.

Pero me di cuenta que no se sentía mejor. Recordé que Lucy mencionó antes de que las personas que le importaban tendían a marcharse, y sentí agri dulce que de alguna manera me había convertido en importante para ella. Ella me importaba, también, por supuesto. También Anne y Mary. Pero su conexión conmigo era casi exclusivamente a través de América. ¿Cómo me había vuelto alguien significativo para ellas?

-¿Tienes una familia grande? -preguntó Lucy.

Asentí.

-Tres hermanos: Reed, Becken, y Jemmy, y tres hermanas: Kamber y Celia, quienes son gemelas, y luego Ivy que es la más joven. Además de mi mamá.

Mary comenzó a cubrir la canasta de nuevo.

-¿Y tu padre?

-El murió hace unos años. -Por fin había llegado a un lugar donde podía decir eso sin derrumbarme. Solía sentirme agobiado, porque todavía lo necesitaba. Todos lo necesitábamos. Pero tenía suerte. Algunos padres simplemente desaparecen en las castas más bajas, dejando a aquellos atrás para que se valgan de sí mismos o se hundan.

Pero mi padre hizo todo lo que pudo por nosotros, hasta el final. Porque éramos Seis, las cosas siempre serían duras, pero nos mantuvo sobre la línea, nos dejó mantener un poco de orgullo en lo que hacíamos y lo que éramos. Yo quería ser así.

Los cheques de pago sería más agradable en el palacio, pero yo puedo hacer un mejor trabajo de proveedor si al menos estuviera más cerca de casa.

-Lo siento, -dijo Lucy en voz baja. -Mi madre murió hace unos años, también.

Saber que Lucy perdió a la persona más importante en su vida la replanteó en mi mente, sacó todo junto.

-Nunca es lo mismo, ¿verdad?

Negó con la cabeza, con los ojos centrados en la alfombra.

-Pero aún así, tenemos que ver lo bueno.

Acercó su rostro, y allí estaba el más leve susurro de esperanza en su expresión. No pude evitar mirarla.

-Es muy gracioso que digas eso.

Ella miró a Mary y de nuevo a mí.

-¿Por qué?

Me encogí de hombros.

-Sólo lo es. -Le di un último bocado al pan y me limpié unas migajas con los dedos. -Gracias, damas, por la comida, pero deberían irse. No es exactamente seguro correr por el palacio por la noche.

-De acuerdo, -dijo Mary. -Probablemente deberíamos a empezar a trabajar en esas habilidades de lucha de todos modos.

-Ve y salta sobre Anne, -la aconsejé. -Nunca subestimes el elemento sorpresa.

Ella se echó a reír de nuevo.

-No lo haremos. Buenas noches, oficial Leger. -Se volvió para caminar por el pasillo.

-Esperen, -las llamé, y ambas se detuvieron. Asentí con la cabeza hacia la pared que contenía un pasaje secreto. -¿Pueden tomar ese camino de regreso? Me haría sentir mucho mejor.

Sonrieron.

-Por supuesto.

Mary y Luce se despidieron con un saludo de mano al pasar, pero cuando llegaron al pasillo y Mary empujó para abrir, Lucy le susurro algo a ella. Mary asintió y bajó escaleras abajo, pero Lucy regresó a mí.

Ella jugueteó con sus manos, esos pequeños tics surgieron mientras se acercaba.

-No soy... no soy buena diciendo cosas, -admitió ella, meciéndose un poco en sus pies. -Pero quería agradecerte por ser tan amable con nosotros.

Negué con la cabeza.

-No es nada.

-No para nosotros, no lo es. -Había una intensidad en sus ojos que nunca antes había visto. -No importa cuántas veces las criadas de lavandería o de la cocina nos digan que tenemos suerte, no se siente realmente de esa manera a menos que alguien nos aprecie. Lady América lo hace, y ninguno de nosotros esperábamos eso. Pero tú lo haces, también.

-Ambos son amables sin siquiera pensar en ello. -Sonrió para sus adentros. -Sólo pensé que deberías saber que es significativo. Tal vez para Anne más que nadie, pero ella nunca lo dirá.

No sabía cómo responder. Después de batallar por un momento, la única cosa que salió fue:

-Gracias.

Lucy asintió y, sin saber que más decir, se dirigió hacia el pasaje.

-Buenas noches, señorita Lucy.

Ella se giró, mirándome como si le hubiera dado el mejor regalo del mundo.

-Buenas noches, Aspen.

Cuando se fue, mis pensamientos volvieron a América. Ella parecía molesta hoy, pero me preguntaba si tenía alguna idea de cómo su actitud cambiaba a las personas a su alrededor.

Su padre tenía razón: Ella era demasiado buena para este lugar.

Tenía que encontrar el momento para decirle cómo estaba ayudando a las personas sin siquiera saberlo. Por ahora, esperaba que ella resistiera, sin preocupaciones sobre...

Giré mi cabeza al ver pasar corriendo a tres mayordomos, uno tropezando un poco mientras se movía. Estaba caminando hacia el pasillo para ver de lo que estaba corriendo cuando la sirena sonó.

Nunca la había escuchado de noche, pero sabía lo que significaba el sonido: Rebelde.

Corrí hacia atrás y irrumpí dentro de la habitación de América. Si las personas estaban corriendo, tal vez ya nos estábamos quedando detrás.

-Maldición, maldición, maldición, -murmuré. Tenía que vestirse rápido.

-¿Eh? -dijo adormilada.

Ropa. Necesito encontrar ropa.

-¡Levántate, Mer! ¿Dónde están tus malditos zapatos?

Ella salió debajo de su manta y se puso delante de ellos.

-Aquí. Necesito mi bata, -agregó, señalando mientras se ajustaba sus zapatos. Me alegré que entendiera la urgencia con tanta rapidez.

Encontré el tejido al final de la cama y traté de abrirla para que la pusiera.

-No te molestes, yo la llevo. -La sacó de mis manos, y corrió hacia la puerta.

-Necesitas darte prisa, -le advertí. -No sé qué tan cerca están.

Asintió. Podía sentir la adrenalina pulsando a través de mí, y aunque sabía las consecuencias, tiré de ella hacia la oscuridad.

Empujé mis labios a los suyos, cerrando con una mano enredada en su cabello. Estúpido. Tan, tan estúpido. Pero correcto en mil maneras. Se sentía como si hubiera pasado una eternidad desde un beso así de profundo, pero caímos tan fácilmente. Sus labios eran cálidos, y el sabor familiar de su piel permanecía en ellos. Bajo el

más leve indicio de vainilla, podía olerla, también, la esencia natural que se aferraba en su cabello, mejillas y cuello.

Me habría quedado allí toda la noche, y sentí que ella habría hecho lo mismo, pero necesitaba que llegara al cuarto de seguridad.

-Ve. Ahora, -le ordené, empujándola hacia el pasillo, sin mirar atrás mientras doblaba la esquina para enfrentar lo que sea que me esperaba.

Desenfundé la pistola, comprobando en ambas direcciones por algo fuera de lugar. Vi el momento en que una doncella se metía en uno de los cuartos de seguridad secretos. Esperaba que Lucy y Mary ya hubieran llegado a Anne y estuvieran escondidas en sus cuarteles, lejos del peligro.

Al oír el inconfundible sonido de los disparos, corrí por el pasillo hacia las escaleras. Sonaba como que los rebeldes estaban siendo contenidos en el primer piso, al menos, así que me arrodillé en la esquina, mirando por la curva de las escaleras, esperando.

Un momento después, alguien subió corriendo las escaleras. Me tomó menos de un segundo para identificar al hombre como un intruso. Apunté y disparé, y lo golpeó en el brazo. Con un gruñido el rebelde cayó hacia atrás, y vi a guardia atacarlo para capturarlo.

Un desplome en el pasillo me dijo que los rebeldes habían encontrado la escalera lateral y se habían dirigido hacia el segundo piso.

-Si encuentras al rey, mátao. Toma lo que puedas cargar.

¡Háganles saber que estamos aquí! -gritó alguien.

Me moví tan silenciosamente como pude hacia los vítores clamorosos, agachado en las esquinas y examinando el pasillo varias veces. Un vistazo más hacia atrás, y note dos uniformados más. Les hice señas para que se acercaran agachados y lentamente.

Mientras se acercaban, vi que eran Avery y Tanner. No pude haber pedido mejor respaldo. Avery tenía un infierno de puntería, y Tanner siempre iba encima y más allá porque tenía más que los demás que perder si no lo hacía.

Tanner era uno de los pocos oficiales que entraron al servicio casado. Nos había dicho una y otra vez, como su esposa se quejaba porque llevaba el anillo de bodas en el dedo pulgar, pero era de su abuelo, y no tenían medios para cambiar su tamaño. Él le había prometido que iba a ser la primera cosa en la que gastarían su dinero cuando llegara a casa, junto con un mejor anillo para ella mientras estaba en eso.

Ella era su América. Siempre estaba enfocado gracias a ella.

-¿Qué está pasando? -susurró Avery.

-Creo que acabo de escuchar al líder. Ordenó a los hombres matar al rey y robar lo que pudieran.

Tanner se puso de pie, sosteniendo el arma junto a su oreja.

-Tenemos que encontrarlos, y asegurarnos que se dirigen hacia arriba y alejarlos del cuarto de seguridad.

Asentí.

-Puede que sean más de lo que podamos manejar, pero si nos mantenemos abajo, creo...

En otro extremo de la sala, una puerta se abrió de golpe, y un mayordomo salió corriendo con dos rebeldes detrás de él. Era el joven mayordomo, el de la cocina. Parecía perdido y horrorizado. Los rebeldes sostenían lo que parecía ser herramientas de granja, entonces, al menos no eran capaces de dispararnos.

Me volví, establecí mi peso, y apunté.

-¡Abajo! -grité, y el mayordomo obedeció.

Disparé, golpeando a uno de los rebeldes en la pierna. Avery tenía al otro, pero su disparo, intencional o no, no parecía mucho más mortal.

-Voy a seguirlos, -dijo Avery. -Encontremos al líder.

Vi al mayordomo levantarse y salir por un dormitorio, sí importarle que alguien pudiera salir o entrar. Necesitaba la ilusión de seguridad.

Oí más gritos, más armas que se disparaban, y supe que este iba a ser uno de los ataques malos. Mi mente se volvió más aguda, más centrada. Tenía una misión, y eso era todo lo que podía ver.

Tanner y yo nos arrastramos al tercer piso, encontramos varias mesas, piezas de arte, y plantas ya demolidas. Un rebelde, usaba algo como pintura gruesa que debió haber traído con él, y estaba pintando algo en la pared. Me moví rápidamente detrás de él y le golpeé la cabeza con el mango de mi pistola. El cayó, y me incliné para revisarlo en busca de armas.

Un segundo después, una nueva oleada de disparos se produjo en el otro extremo de la sala, y Tanner me arrastró detrás de un sofá derribado. Cuando el sonido murió, nos asomamos para evaluar los daños.

-Cuento seis, -dijo.

-Lo mismo. Puedo con dos, tal vez tres.

-Eso es suficiente. Los restantes pueden abalanzarse. O tener armas.

Miré a mí alrededor. Tomé un trozo de espejo roto, corté parte de la tapicería del sofá y la envolví alrededor del vidrio.

-Usa esto si se acercan demasiado.

-Lindo, -comentó Tanner, luego apuntó con su arma. Yo hice lo mismo.

Los disparos fueron rápidos, y cada uno eliminamos a dos rebeldes antes que los otros dos dieran vuelta, y corrieran hacia nosotros, no salieron huyendo. Recordé la orden de mantener a los rebeldes con vida para interrogarlos, apunté a sus piernas, pero ellos se movían frenéticamente, y todos mis disparos fallaron.

Tanner y yo vimos como un hombre corpulento avanzó pesadamente por el costado de la sala del lado de Tanner, mientras que un hombre mayor, enjuto con ojos desorbitados, se acercó de mi lado. Enfundé la pistola, preparándome para una pelea. -Maldición. Tú tienes al bueno, -comentó Tanner antes de abalanzarse sobre la sofá y correr a toda velocidad contra su oponente.

En una fracción de segundo yo seguí su ejemplo. El rebelde mayor vino hacia mí, gritando, con las manos extendidas como garras. Agarré uno de sus brazos mientras usaba mi cuchillo improvisado para cortar su pecho.

Él no era la cosa más fuerte, y una parte de mí realmente se compadeció de él. Cuando me aferré a su brazo, pude sentir sus huesos con demasiada facilidad.

Él gimió y cayó de rodillas, y empujé su brazo detrás de él, asegurando ambos y sus piernas con bandas de restricción.

Mientras los ataba, alguien me agarró por detrás y me estrelló en el retrato más cercano, cortando mi frente con el cristal.

Estaba mareado y la sangre ya estaba goteando por mis ojos, haciendo más difícil enfrentarme a mi enemigo. Sentí un escalofrío de pánico antes de que mi entrenamiento volviera a mí.

Me agaché mientras él me sostenía por detrás, y usé mi peso para hacer una palanca y darle vuelta por encima de mi hombro.

A pesar de que él era mucho más grande que yo, se estrelló en el suelo cubierto de escombros. Busqué más bandas de restricción solo para colapsar cuando otro rebelde me golpeó.

Estaba clavado en el suelo, con los brazos sostenidos por un hombre grande a caballo en mi estómago.

Su aliento era pantanoso y fétido cuando me habló a la cara.

-Llévame ante el rey, -ordenó, su voz era grave.

Negué con la cabeza.

Soltó mis brazos, agarró mi chaqueta haciendo puños, y traté de empujar su cara. Pero me jaló por la ropa y golpeó mi cabeza contra el suelo, haciendo caer mis manos al suelo al instante. Mi cabeza daba vueltas, sentí que me faltaba el aire. El rebelde palmeó mi cráneo, obligándome a mirarlo a la cara.

-¿Dónde. Está. El. Rey?

-No lo sé, -jadeé, luchando contra el dolor de mi cabeza.

-Vamos, niño bonito, -bromeó. -Dame al rey, y puede que te deje vivir.

Pude haber mencionado el cuarto de seguridad. Incluso si odiaba las cosas que el rey hacía, entregarle al rey significaba entregar a América, y esa no era una opción.

Podía mentir. Tal vez conseguiría tiempo suficiente para salir de esto.

O para morir.

-Cuarto piso, -mentí. -Habitación escondida en la ala este. Maxon está allí también.

El sonrió, su aliento desagradable salió con su sonrisa.

-Ahora, eso no fue difícil, ¿cierto?

Me quedé en silencio.

-Tal vez si me lo hubieras dicho la primera vez que te pregunté, yo no hubiera tenido que hacer esto.

Entrelazó sus manos con brusquedad alrededor de mi garganta, y apretó. Con mi cabeza ya turbia, esto era una tortura. Mis piernas se agitaron, y moví mis caderas, tratando de quitármelo de encima. Fue inútil. Era simplemente demasiado grande.

Sentí que mis extremidades dejaban de funcionar, todo el oxígeno escapando de mi sistema.

¿Quién le diría a mi madre?

¿Quién cuidaría de mi familia?

...al menos besé a América por última vez.

... por última vez.

... vez.

A través de la bruma, escuché el disparo de una pistola, y sentí aflojar al rebelde y cayó hacia un lado. Mi garganta hizo sonidos extraños mientras intentaba respirar de nuevo.

-¿Leger? ¿Estás bien?

Mi visión se oscureció, así que no pude distinguir el rostro de Avery. Pero lo escuché. Y eso fue suficiente.



Capítulo 11.-

La interrogación se llevó a cabo en la ala de enfermería, ya que muchos oficiales terminaron allí.

-Creemos que fue un éxito, ya que sólo hemos perdido a dos hombres esta noche. -dijo nuestro comandante. -Considerando sus fuerzas, es un testimonio de su formación y habilidades personales que más de ustedes no fueran asesinados.

Hizo una pausa, como si tal vez deberíamos aplaudir, pero estábamos demasiado desgastados para eso.

-Tenemos veintitrés rebeldes contenidos para ser sentenciados, después de ser interrogados, lo cual es fantástico. Sin embargo, estoy decepcionado por el número de muertos. -Él nos miró. -Diecisiete rebeldes muertos.

Avery agachó la cabeza. Él ya había confesado que dos de ellos eran suyos.

-No tienen que matar a menos que tu u otro oficial esté siendo amenazado directamente, o si hay un rebelde atacando a un miembro de la familia real. Necesitamos a esta escoria con vida para interrogarla.

Escuché algunos jadeos silenciosos a lo largo de la sala. Esta era una orden que no me gustaba. Podíamos terminar las cosas mucho más rápido si simplemente eliminábamos a los rebeldes que entraban en el palacio. Pero el rey quería sus respuestas, y corría el rumor que había formas particulares de tortura para sacar la información de los rebeldes. Tenía la esperanza de nunca aprender cuales eran esos métodos.

-Dicho esto, todos hicieron un excelente trabajo protegiendo el palacio y sometiendo a la amenaza. Al menos ustedes son los pocos con lesiones graves, sus asignaciones para el día, son las

mismas previstas desde el principio. Vayan a dormir si pueden, y prepárense. Va a ser un día largo en el estado que está el palacio.

El mayordomo en jefe pensó que lo mejor por hacer era tener a la familia real y la élite haciendo su trabajo fuera, mientras el personal trabajaba en el palacio para ponerlo de nuevo en forma presentable. Las mujeres de la Federación Alemana y la monarquía italiana venían en pocos días y las doncellas ya estaban abrumadas con los preparativos.

Entre el sol brillante, el agotamiento, y mi uniforme almidonado, ya estaba incómodo. Añádele el dolor lacerante de la herida en la cabeza, contusiones ocultas por haber sido estrangulado, y algunos daños que no podía ni siquiera recordar como conseguí en mi pierna, yo era simplemente miserable.

La única cosa buena de este día fue que la instalación me permitió estar cerca de América. La vi mientras se sentaba con Kriss, planificando su próximo evento. Además Celeste, nunca había visto a América molesta con ninguna de las otras chicas, pero todo sobre su lenguaje corporal sugería que no estaba contenta con Kriss. Kriss, sin embargo, parecía completamente ajena mientras charlaba con América y miraba a Maxon de vez en cuando. Me molestó un poco que América siguiera la mirada de Kriss, pero dudaba que sus sentimientos estuvieran cambiando. ¿Cómo podía verlo a él no ver a Marlee gritando?

Las carpas y las mesas alrededor del césped casi hacían que pareciera que la familia real estaba celebrando una fiesta de jardín. Si no lo hubiera visto por mí mismo, no me habría imaginado que el palacio había sido saqueado. Aquí todo el mundo tendía a olvidarse de los ataques y seguían adelante.

No entendía si eso era porque, detenerse por los ataques los aterrorizaban más o simplemente no había tiempo. Se me ocurrió

que si la familia real si realmente se detuviera y pensarán sobre los ataques, tal vez encontrarían una manera de prevenirlos.

-No sé siquiera por qué me molesto, -dijo un poco demasiado fuerte el rey. Le entregó un documento a alguien y les dio una orden en silencio. -Borra las marcas de Maxon en esto; son una distracción.

Mientras las palabras llenaron mis oídos, la mirada de América tomó toda mi atención. Ella me miraba cuidadosamente. Pude ver que estaba preocupada por los vendajes en mi cabeza, la cojera en mis pasos. Le di un guiño, esperando calmar sus nervios. No estaba seguro de aguantar durante todo el día en las rondas y luego cambiar con algún guardia que vigilara su puerta esta noche, pero si esa es la única manera de...

-¡Rebeldes! ¡Corran!

Volví mi cabeza hacia las puertas del palacio, seguro que alguien estaba confundido.

-¿Qué? -preguntó Markson.

-¡Rebeldes! ¡Dentro del palacio! -gritó Lodge. -¡Ahí vienen!

Vi a la reina levantarse y correr alrededor del palacio, en dirección a una entrada secreta bajo la protección de sus doncellas.

El rey cogió sus papeles. Si yo fuera él estaría más preocupado por mi cuello que por cualquier información perdida, sin importar lo que esos documentos dijeran.

América aún estaba en su silla, paralizada. Di un paso para ir por ella, pero Maxon saltó delante de mí, empujando a Kriss en mis brazos.

-¡Corre! -ordenó. Dudé, pensando en América. -¡Corre!

Hice lo que tenía que hacer, mientras Kriss llamaba a Maxon una y otra vez. Un segundo después, escuché disparos y vi un enjambre de personas inundando fuera del palacio, casi una mezcla igual de soldados y rebeldes.

-¡Tanner! –grité, deteniéndolo cuando se dirigía a la refriega.
Empujé a Kriss en sus brazos. –Sigue a la reina.

Él obedeció sin rechistar, y me volví hacia Mer.

-¡América! ¡No! ¡Regresa! –grito Maxon. Seguí su mirada llena de pánico, y vi a América corriendo frenéticamente hacia el bosque, con los rebeldes rápidamente sobre sus talones.

No.

El ritmo entrecortado de los disparos se acentuaba con los pasos apresurados y peligrosos de América. Los rebeldes estaban casi encima de ella, con bolsas llenas. Parecían más jóvenes y en más forma que el grupo de la noche anterior, me pregunté si se trataba de sus hijos, tratando de terminar lo que iniciaron sus padres.

Saqué mi arma y tomé mi posición. Tenía mi ojo centrado en la parte posterior de la cabeza de un rebelde, y le disparé tres tiros. Todos ellos fallaron cuando el tipo zigzagueo y corrió detrás de un árbol.

Maxon dio unos pasos desesperados en la dirección del bosque, pero su padre lo agarró antes de que pudiera ir muy lejos.

-¡Retírate! –gritó Maxon, empujando fuera las manos de su padre.

-Vas a darle a ella. ¡Alto el fuego!

Aunque América no fuera un miembro de la familia real, dudaba que alguien se molestara si matábamos a esos rebeldes sin cuestionar. Corrí al campo, y tomé mi posición de nuevo, y disparé dos veces. Nada.

Las manos de Maxon me agarraron por el cuello.

-¡Dije, retírate!

Aunque yo era una o dos pulgadas más alto que él, y por lo general me parecía un cobarde, la rabia en sus ojos en ese momento exigió respeto.

-Perdóneme, señor.

Me soltó con un empujón, dándose vuelta y pasándose la mano por el pelo. Nunca lo había visto ir y venir de esta manera. Me recordó a su padre cuando él estaba a punto de estallar. Todo lo que él estaba mostrando en el exterior, yo lo sentía en el interior. Una de sus élites se había ido; la única chica a la que yo había amado había desaparecido. No sabía si ella sería capaz de dejar atrás a los rebeldes o encontrar un lugar donde esconderse. Mi corazón corría con miedo y cayendo en pedazos en la desesperanza a la vez.

Le había prometido a May que no permitiría que nadie le hiciera daño.

Le había fallado.

Miré detrás de mí, no estaba seguro de lo que esperaba ver. Las chicas y el personal todos estaban a salvo. Nadie más quedaba, que el príncipe, el rey, y una docena de guardias.

Maxon finalmente levantó la mirada hacia nosotros, y su expresión me recordó a un animal enjaulado.

–Vayan por ella. ¡Vayan por ella, ahora! –gritó.

Me debatí en entrar simplemente al bosque, con ganas de alcanzar a América antes que alguien más lo hiciera.

Pero, ¿cómo iba a encontrarla?

Markson dio un paso adelante.

–Vengan, chicos. Vamos a organizarnos. –Lo seguimos al campo.

Mis pasos eran lentos y traté de no perder el equilibrio. Hoy tenía que ser inteligente. *Vamos a encontrarla*, me prometí a mí mismo. *Ella es más fuerte, de lo que nadie más sabe.*

–Maxon, ve con tu madre, –oí al rey ordenar.

–No puedes estar hablando en serio. ¿Cómo se supone que voy sentarme en la sala de seguridad, mientras América está desaparecida? Ella podría estar muerta.

Me di vuelta para ver a Maxon doblarse y boquear, casi vomitando ante el pensamiento. El rey Clarkson tiró de él en posición vertical, sujetándolo firmemente por los hombros y lo sacudió.

-Comportate. Necesitamos que tú estés a salvo. Ve. Ahora.

Maxon cerró sus puños, flexionando ligeramente los codos, y por una fracción de segundo, genuinamente pensé que él estuvo a punto de golpear a su padre.

Tal vez no era mi lugar, pero estaba seguro de que el rey podía demoler a Maxon si tenía la inclinación. No quería que el chico muriera.

Después de unas cuantas respiraciones cargadas, Maxon se alejó del alcance de su padre y pisoteó al palacio.

Giré mi cabeza rápidamente, esperando que el rey no se diera cuenta de que alguien se había dado cuenta de su interacción. Me preguntaba más y más sobre el descontento del rey con su hijo, pero después de eso, no pude evitar pensar que las cosas iban mucho más allá de Maxon garabateando las notas incorrectas en su papeleo.

¿Cómo alguien tan preocupado por la seguridad de su hijo era tan... agresivo con él?

Me reuní con los otros oficiales al tiempo que Markson empezaba a hablar.

-¿Algunos de ustedes están familiarizado con este bosque?

Todos nos quedamos en silencio.

-Es muy grande, y se ramifica en una amplia propagación de árboles a pocos metros, como pueden ver. Las paredes del palacio se remontan a unos ciento veinte metros antes de curvarse y reunirse, pero el muro hacia la parte posterior de la selva está en mal estado. No sería demasiado difícil para los rebeldes llegar por una porción dañada, especialmente teniendo en cuenta con la facilidad con que entraron por las secciones más fuerte del frente.

Bueno, perfecto.

-Vamos a extendernos en una línea y caminar lentamente. Busquen huellas, bienes descartados, romas rotas, cualquier cosa que pudiera ser una pista sobre dōnde la han llevado. Si se pone demasiado oscuro, vamos a volver por las linternas y hombres descansados.

Él nos gritó.

-No quiero regresar con las manos vacías. Ya sea con Lady viva o con su cuerpo, no vamos a dejar al rey o al príncipe sin respuestas esta noche, ¿entendieron?

-Sí, señor, -grité, y los demás se unieron.

-Bien, dispérsense.

Sōlo nos habíamos movido unos metros cuando Markson extendió la mano para detenerme.

-Eso es una cojera grave, Leger ¿Estás preparado para esto? -me preguntó.

Mi sangrē se drenó, y me imaginé a mi mismo en una furia muy parecida a la de Maxon. De ninguna maldita manera me iba a quedar.

-Estoy perfectamente bien, señor, -le prometí.

Markson me miró de nuevo.

-Necesitamos un equipo fuerte para esto. Tal vez deberías quedarte atrás.

-No, señor, -respondí rápidamente. -Nunca he desobedecido una orden, señor. No me haga hacerlo ahora.

Mis ojos eran mortalmente serios, y estoy seguro que él lo vio cuando lo miré, determinado a ir. Hubo una media sonrisa en su cara cuando él asintió y empezó a dirigirse hacia los árboles.

-Bien. Vamos.

Todo parecía moverse en cámara lenta. Gritamos por América, y nos deteníamos a escuchar por alguna respuesta, encontrándonos a nosotros mismo engañados por el menor movimiento o brisa. Alguien encontraría una huella, pero la tierra estaba tan seca, las marcas se habrían desintegrados en la nada dos pasos más adelante, lo que nos dejaba nada más que con una pérdida de tiempo. Dos veces encontramos retazos de ropa atrapados en las ramas bajas, pero nada correspondía con lo que llevaba puesto América. Lo peor eran las pocas gotas de sangre que encontramos. Nos detuvimos por una hora para buscar por los árboles alrededor, explorando cualquier mota de polvo que pudiera estar fuera de lugar.

La noche se acercaba, y pronto perderíamos la luz.

Mientras los otros siguieron adelante, me detuve por un minuto. En cualquier escenario, hubiera encontrado esto hermoso. La luz se filtraba, casi como si no fuera luz de sol en absoluto, sino su fantasma. Los árboles se alcanzaban unos a otros, como si estuvieran desesperados por compañía, y toda sensación del lugar era un poco inquietante.

Y tenía que prepararme a la posible realidad que dejaría este lugar y no la tendría a ella conmigo. Pero aún, podría dejarlo cargando su cuerpo.

El pensamiento era agobiante. ¿Por qué lucharía en este mundo, si no estaba luchando por ella?

Trataba de buscar las cosas buenas. Ella era lo único bueno en mí. Me tragué las lágrimas y traté de recobrar fuerzas. Sólo tenía que seguir luchando.

-Asegúrense de buscar en todas partes, -me recordó Markson. -Si ellos la han matado, podrían haberla colgado o tratado de enterrarla. Presten atención.

Sus palabras me hicieron sentir enfermo de nuevo, pero las empujé lejos.

-¡Lady América! –grité.

-¡Estoy aquí! –escuché con atención, demasiado asustado para creer. –¡Por aquí!

América vino corriendo, descalza y sucia, enfundé la pistola y abrí mis brazos para ella.

-Gracias a Dios. –Suspiré. Quería besarla allí mismo. Pero ella estaba respirando en mis brazos, y eso tendría que ser suficiente.

-¡La tengo! ¡Está viva! –Llamé a los otros, viendo como los uniformados venían a nosotros.

Ella estaba temblando un poco, y me di cuenta que ella estaba un poco sorprendida por toda la experiencia. Pierna lesionada o no, tenía que tenerla en mis brazos sin importar que. La acuné contra mí, y ella puso sus manos detrás de mi cabeza, sosteniéndose.

-Estaba aterrado pensando que iba a encontrar tu cuerpo en alguna parte, –le confesé. –¿Estás herida?

-Solo tengo rasguños en las piernas.

Miré hacia sus piernas, y había algunos cortes sangrientos.

Considerando todas las cosas, tuvimos suerte.

Markson se detuvo frente a nosotros, tratando de contener su alegría por haberla encontrado.

-Lady América, ¿está herida?

-Sólo algunos rasguños en las piernas.

-¿Intentaron hacerle daño? –continuó

-No. No llegaron a atraparme.

Esa es mi chica.

Todos usaron alegremente expresiones de sorpresa, pero la de Markson fue de lejos la más feliz.

-Ninguna de las otras chicas podría haber escapado corriendo, supongo.

América dejó escapar un suspiro y sonrió.

-Ninguna de las otras chicas es una Cinco.

Me eché a reír, y oí a los demás hacer lo mismo. No todas las experiencias de las castas bajas eran inútiles.

-Buen punto. -Markson me dio una palmadita en el hombro mientras miraba a América. -Vamos a llevarte de regreso.

Él dirigió el camino, gritando instrucciones.

-Sé que eres rápida e inteligente, pero estaba aterrorizado, -le dije mientras nos movíamos.

Ella puso su boca en mi oreja.

-Le mentí al oficial

-¿Qué quieres decir? -le susurré.

-Ellos si me alcanzaron, eventualmente. -Me quedé mirándola, preguntándome, que había de malo en confesarlo delante de los demás. -Ellos no hicieron nada, pero una chica me vio. Hizo una reverencia y salió corriendo.

Me sentí aliviado. Y luego confundido.

-¿Una reverencia?

-A mí también me sorprendió. No parecía molesta o amenazante. De hecho, parecía una chica normal. -Hizo una pausa y un minuto después añadió. -Tenía libros, muchos de ellos.

-Parece que pasa a menudo, -le dije. -No tenemos ni idea de lo que hacen con ellos. Supongo que para el fuego. Supongo que es frío donde se quedan.

Parecía más y más aparente que los rebeldes solo querían arruinar todo el palacio, las cosas buenas, las paredes, incluso la sensación de seguridad, y tomando las preciadas posesiones del rey, para tener algo que quemar, parecía como un gran dedo medio a la monarquía.

Si no hubiera visto de primera mano, lo crueles que podían ser, lo habría encontrado divertido.

Los otros estaban muy cerca que nos mantuvimos en silencio durante el resto del viaje, pero el paseo parecía mucho más corto con América en mis brazos. Deseé que fuera más largo. Después de hoy, no la quería en ningún lugar donde no pudiera verla.

-Los próximos días puede que esté muy ocupado, pero voy a tratar de verte pronto, -le susurré cuando el palacio estuvo a la vista. Tenía que devolvérsela ahora.

Ella se inclinó en mí.

-Está bien.

-Llévala con el doctor Ashlar, Leger, y estas fuera de servicio. Buen trabajo hoy, -Markson, golpeó mi espalda de nuevo.

Los pasillos estaban todavía llenos de personal de limpieza del primer ataque, y las enfermeras fueron tan rápidas cuando llegamos a la enfermería que no pude hablar con América de nuevo. Pero mientras la puse en la cama, viendo su vestido hecho jirones y sus piernas cortadas, no pude evitar pensar que era mi culpa.

Cuando recordé cada comienzo, supe que lo era. Tenía que comenzar compensarla.

América estaba dormida cuando me deslicé en el ala del hospital esa noche. Estaba limpia, pero su rostro parecía preocupado, incluso en reposo.

-Hey, Mer, -susurré, rodeando su cama. Ella no se movió. No me atreví a sentarme, ni siquiera con la excusa de comprobar a la chica que había rescatado. Me quedé de pie en el uniforme recién planchado, que solo iba a usar durante los pocos minutos que me tomara entregar este mensaje.

Extendí la mano para tocarla, pero luego retrocedí. Miré su rostro dormido y hablé.

-Yo...yo he venido a decirte que lo siento, quiero decir. -Tomé una respiración profunda. -Debí haber corrido a ti. Debí protegerte. No lo hice, y tú podrías haber muerto.

Sus labios se fruncieron y relajaron mientras soñaba.

-Honestamente, lo siento por mucho más que eso, -admití. - Lamento haberme enfadado en la casa del árbol. Siento haberte dicho que enviaras esa estúpida forma. Es sólo que tengo esta idea... -tragué. -Tengo esta idea de que tal vez tú seas la única por la que puedo hacer las cosas correctas.

-No pude salvar a mi padre. No pude proteger a Jemmy. Apenas puedo mantener a mi familia a flote, y sólo pensé que tal vez podría darte una oportunidad de una vida mejor que la que yo habría sido capaz de darte. Y me convencí que esa era la manera correcta de amarte.

La miré, deseando tener el coraje de confesar esto mientras ella pudiera discutir conmigo y decirme lo equivocado que había estado.

-No sé si puedo deshacerlo, Mer. No sé si alguna vez volveremos a ser los mismos que solíamos ser. Pero no voy a dejar de intentarlo. Tú eres para mí, -le dije con un encogimiento de hombros. -Eres la única cosa por la que siempre he querido luchar.

Había mucho más que decir, pero escuché la puerta de la enfermería abrirse. Incluso en la oscuridad, el traje de Maxon era imposible de perderse. Empecé a alejarme, cabeza abajo, tratando de parecer como si estuviera solo en una ronda.

No me reconoció, apenas se fijó en mí mientras avanzaba hacia la cama de América. Lo vi sacar una silla y sentarse a su lado.

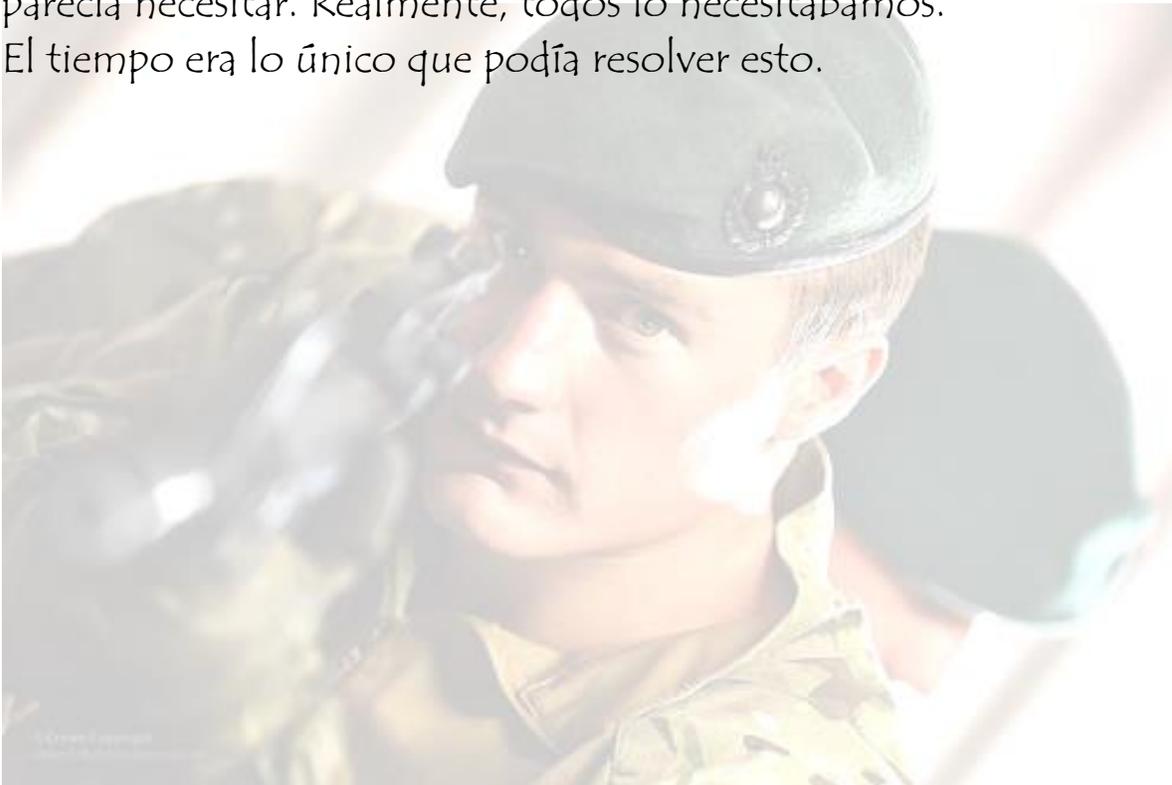
No pude evitar sentirme celoso. Desde el primer día en el apartamento de su hermano, desde el momento en que supe lo que sentía por América, he sido forzado a amarla desde lejos. Pero

Maxon podía sentarse a su lado, tocar su mano, y la brecha entre sus castas no importaba.

Me detuve en la puerta, mirando. Mientras que la Selección había desgastado los lazos entre América y yo, Maxon era el borde afilado, capaz de cortar totalmente la cadena si él se acercaba demasiado. Pero no tenía una idea clara de que tan cerca lo dejaba estar América.

Todo lo que podía hacer era esperar y dar a América el tiempo que parecía necesitar. Realmente, todos lo necesitábamos.

El tiempo era lo único que podía resolver esto.



35 GIRLS ENTERED THE SELECTION. ONLY I CAN WIN.



THE **ONE**
BOOK THREE OF
THE SELECTION SERIES
KIERA CASS
#1 New York Times BESTSELLING AUTHOR

Capítulo 1.-

Esta vez, estábamos en el gran salón soportando otra lección de etiqueta cuando ladrillos volaron por la ventana. Elise inmediatamente cayó al suelo y comenzó a arrastrarse por la puerta lateral, gimiendo mientras se marchaba. Celeste dejó escapar un grito agudo y salió corriendo hacia la parte posterior de la sala, apenas escapando de la lluvia de vidrio. Kriss agarró mi brazo, tirando de mí, y me eché a correr a su lado mientras nos dirigíamos a la salida.

-¡Dense prisa, señoritas! -gritó Silvia.

En cuestión de segundos, los guardias se alinearon en las ventanas y comenzaron a disparar, y las ráfagas de sonido hicieron eco en mis oídos mientras huíamos. Ya sea que vinieran con armas o piedras, cualquiera que mostrara el más pequeño nivel de agresión al palacio iba a morir. No había más paciencia para estos ataques al palacio.

-Odio correr con estos zapatos, -murmuró Kriss, tenía el vestido recogido en su brazo, y los ojos centrados en el final del pasillo.

-Ninguna de nosotros tendríamos que acostumbrarnos a esto, -dijo Celeste, respirando con dificultad.

Rodé los ojos.

-Si fuera por mí, usaría zapatillas todos los días. Ya estoy cansada de esto.

-¡Menos charla, más movimiento! -gritó Silvia.

-¿Cómo vamos a llegar abajo desde aquí? -preguntó Elise.

-¿Qué pasó con Maxon? -resopló Kriss.

Silvia no respondió. La seguimos por el laberinto de pasillos, buscando una ruta de acceso al sótano, viendo como guardia tras guardia corría en la dirección opuesta. Me encontré admirándolos, preguntándome el valor que tomaba correr hacia el peligro por el bien de otras personas.

Los guardias que nos pasaron eran completamente indistinguibles unos de otros, hasta que un par de ojos verdes se clavaron en los míos. Aspen no parecía asustado o incluso sobresaltado. Había un problema, y él se iba a encargarse de ello. Eso era simplemente quien él era.

Nuestras miradas se encontraron por un momento, pero fue suficiente. Era así con Aspen. En una fracción de segundo, sin decir una palabra, le podía decir: *ten cuidado y mantente a salvo*. Y sin decir nada él respondía, *solo cuídate*.

Mientras estaba en paz con las cosas que no decíamos, no tenía esa suerte con las cosas que decíamos en voz alta. Nuestra última

conversación no fue exactamente una feliz. Había estado a punto de abandonar el palacio y le pedí que me diera un poco de espacio para superar la Selección. Y entonces terminé quedándome y sin darle una explicación por qué.

Tal vez su paciencia conmigo se estaba acabando, su capacidad de ver sólo lo mejor de mí se estaba secando. De alguna manera tenía que arreglar eso. No podía ver una vida para mí que no incluyera a Aspen. Incluso ahora, mientras tenía la esperanza que Maxon me escogiera, un mundo sin Aspen lo sentía inimaginable.

-¡Aquí está! -llamó Silvia, empujando un panel misterioso en una pared.

Empezamos a bajar las escaleras, Elise y Silvia adelante a cargo.

-Demonios, Elise, ¡apresura el paso! -gritó Celeste. Quería estar molesta por lo que dijo, pero sabía que todas pensábamos la misma cosa.

Mientras descendíamos en la oscuridad, traté de resignarme por las horas que desperdiciaríamos, escondidas como ratones.

Continuamos descendiendo, el sonido de nuestro escape cubierto por los gritos hasta que la voz de un hombre sonó justo encima de nosotros.

-¡Alto! –gritó.

Kriss y yo nos volvimos a la vez, viendo mientras el uniforme se hizo evidente.

-Esperen, –llamó a las otras chicas de abajo. – Es un guardia. Nos quedamos de pie en los escalones, respirando pesadamente. Finalmente nos alcanzó, jadeando.

-Lo siento, señoritas. Los rebeldes corrieron tan pronto como empezaron los disparos. Hoy no estaban de ánimo para una pelea, supongo.

Silvia, pasó sus manos sobre sus ropas alisándolas, y habló por nosotras.

-¿Considera el rey que es seguro? Si no, usted está poniendo a estas chicas en una posición muy peligrosa.

-El jefe de guardia lo ha declarado. Estoy seguro que su magestad...

-Usted no habla por el rey. Vamos, señoritas, sigan moviéndose.

-¿Habla en serio? –pregunté. – Vamos a bajar hasta allí para nada.

Me miró con una mirada que podría haber detenido a un rebelde de su camino, y yo cerré mi boca. Silvia y yo habíamos construido una especie de amistad, mientras ella me ayudaba a distraerme de Maxon y Aspen con sus lecciones adicionales.

Después de mi pequeño truco en el Informe hace unos días, parecía que se había disuelto en la nada. Se volvió al guardia, y continuó.

-Consiga una orden oficial del rey, y regresaremos. Sigán caminando, señoritas.

El guardia y yo compartimos una mirada exasperada y seguimos nuestros caminos.

Silvia no mostró ningún remordimiento cuando, veinte minutos más tarde, un guardia diferente vino, y nos dijo que éramos libres de ir arriba.

Estaba tan molesta con toda la situación, que no esperé por Silvia o las otras chicas. Subí las escaleras, saliendo en algún lugar en el primer piso, y seguí hasta mi habitación con mis zapatos aún enganchados en mis dedos. Mis doncellas estaban desaparecidas, pero una pequeña bandeja de plata con un sobre me estaba esperando en la cama.

Reconocí la letra de May, al instante abrí el sobre y devoré sus palabras.

Ames,

¡Somos tías! Astra es perfecta. Desearía que estuvieras aquí para conocerla en persona, pero todos entendemos que necesitas estar en palacio en estos

momentos. ¿Crees que vamos a estar juntos para navidad? ¡No tan lejos! Tengo que volver a ayudar a Kenna y James. ¡No puedo creer lo hermosa que es! Aquí hay una foto para ti. ¡Te amamos!

May.

Saqué la foto brillante detrás de la nota. Todos estaban allí excepto por Kota y yo. James, el esposo de Kenna, estaba radiante, de pie junto a su esposa y su hija con los ojos hinchados. Kenna estaba sentada en la cama, sosteniendo un pequeño bulto rosado, luciendo igualmente emocionada y agotada. Mamá y papá brillaban con orgullo, mientras que May y Gerad saltaban de entusiasmo en la imagen. Por supuesto Kota no hubiera ido, no había nada que pudiera ganar al estar presente. Pero yo sí debería estar allí.

Pero no estaba.

Estaba aquí. Y algunas veces no entendía por qué. Maxon aún estaba pasando tiempo con Kriss, después de todo lo que había hecho porque me quedara. Los rebeldes atacaron implacablemente nuestra seguridad desde el exterior y el interior, y las palabras frías del rey hicieron tanto daño a mi confianza. Todo el tiempo, Aspen estaba a mi alrededor, un secreto que

tenía que mantener. Y las cámaras iban y venían, robando pedazos de nuestras vidas para entretener a las personas. Había sido empujada en cada esquina y ángulo, y me estaba perdiendo de todas las cosas que siempre me habían importado.

Traqué mis lágrimas de enojo. Estaba cansada de llorar.

En vez, entré en modo de planificación. La única forma de arreglar las cosas era acabar con la Selección.

Aunque ocasionalmente cuestionaba mi deseo de ser la princesa, no había ninguna duda en mi mente que yo quería estar con Maxon.

Si eso iba a pasar, no podía sentarme y esperar.

Recordando la última conversación con el rey, comencé a caminar por la habitación, mientras esperaba a mis doncellas.

Apenas podía respirar, así que supe que comer sería un desperdicio. Pero valdría la pena el sacrificio. Tenía que hacer algo de progreso, y necesitaba hacerlo rápido. De acuerdo con el rey, las otras chicas habían hecho avances con Maxon -avances físicos- y él dijo que yo era demasiado simple como para tener alguna oportunidad de alcanzarlas en ese departamento.

Como si mi relación con Maxon no fuera lo suficientemente complicada, había todo un nuevo asunto con reconstruir la confianza. Y no estaba segura si eso significaba si podía

preguntarle o no. Puede que estuviera bastante segura de que no había llegado tan lejos físicamente con las otras chicas, pero no podía evitar preguntármelo. Nunca había tratado de ser seductora antes –prácticamente cada momento íntimo que había tenido con Maxon se produjo sin intención–pero tenía la esperanza que si lo hacía deliberadamente, podía dejar claro que estaba tan interesada en él como las otras.

Tomé una respiración profunda, levanté la barbilla, y entré en el comedor. Estaba deliberadamente uno o dos minutos de retraso, con la esperanza que todo el mundo ya estuviera sentado. Estaba en lo cierto. Pero la reacción fue mejor de lo que esperaba.

Hice una reverencia, moviendo la pierna hacia delante, la hendidura de mi vestido se abrió, llegando casi a mi muslo. El vestido era rojo profundo, sin tirantes y casi sin espalda, estaba casi segura que mis doncellas habían utilizado magia para hacer que se fijara a mi cuerpo. Me levanté, mirando a Maxon, quien había dejado de masticar. Alguien dejó caer un tenedor.

Bajé la mirada, y me dirigía a mi asiento, sentándome junto a Kriss.

–¿En serio, América? –susurró.

Incliné mi cabeza en su dirección.

–¿Disculpa? –respondí, fingiendo confusión.

Bajó su tenedor, y nos quedamos mirando la una a la otra.

-Luces barata.

-Bueno, tú luces celosa.

Di bastante en el blanco, porque se sonrojó un poco antes de volver a su comida. Tomé pequeños bocados de la mía, ya constreñida miserablemente. Mientras colocaban el postre delante de mí, decidí dejar de ignorar a Maxon, y como esperaba, sus ojos estaban en mí. Levantó su mano y jaló su oreja de inmediato, y yo modestamente hice lo mismo. Mi mirada parpadeó rápidamente hacia el rey Clarkson, y traté de no sonreír. Él estaba molesto, otro truco con el que había logrado salirme con la mía.

Me excusé primero, dando la oportunidad a Maxon de admirar la parte trasera del vestido, y corrí a mi habitación. Cerré la puerta de mi habitación, y bajé la cremallera del vestido de inmediato, desesperada por un respiro.

-¿Cómo le fue? -preguntó Mary, apresurándose.

-Él parecía aturdido. Todos lo parecían.

Lucy chilló, y Anne vino a ayudar a Mary.

-Vamos a sostenerlo. Solo camine, -ordenó. Hice lo que me dijo.

-¿Vendrá esta noche?

-Sí. No estoy segura cuando, pero definitivamente va a estar aquí. - Me senté en el borde de mi cama, con los brazos cruzados alrededor del estómago para evitar dejar caer al vestido abierto. Anne me dio una mirada triste.

-Lo siento, pero tendrá que estar incómoda unas horas más. Sin embargo estoy segura que valdrá la pena.

Sonrei, tratando de parecer que estaba bien lidiando con el dolor. Les dije a mis doncellas que quería llamar la atención de Maxon. Había tenido la esperanza, que con un poco de suerte, este vestido estaría en el suelo muy pronto.

-¿Quiere que nos quedemos hasta que él llegue? -preguntó Lucy, su entusiasmo era rebosante.

-No, sólo ayúdenme a subir la cremallera. Tengo que pensar algunas cosas, -respondí, levantándome así podrían ayudarme. Mary sostuvo la cremallera.

-Aspire, señorita. -Obedecí, y el vestido me ciñó de nuevo, pensé en un soldado yendo a la guerra. Diferente armadura, pero la misma idea.

Esta noche yo iba a derribar a un hombre.

Capítulo 2.-

Abri las puertas del balcón, dejando que el aire endulzara mi habitación. A pesar de que era diciembre, la brisa era ligera y me hizo cosquillas en la piel. Ya no nos permitían salir, no sin guardias a nuestro lado, así que esto tenía que servir.

Recorrí la habitación, encendiendo las velas, tratando de hacer el espacio acogedor. Llamaron a la puerta, y apagué el cerillo, regresando a la cama, tomé un libro, y alisé mi vestido. Porque, Maxon, así es como siempre luzco cuando leo.

-Adelante, -dije apenas lo suficientemente fuerte para que me escuchara.

Maxon entró, y yo levanté la cabeza con delicadeza, atrapando el asombro en sus ojos, mientras inspeccionaba mi habitación poco iluminada. Por último se centró en mí, su mirada viajó por mi pierna descubierta.

-Ahí estás, -dije, cerrando el libro y me levanté para saludarlo.

Él cerró la puerta y entró, sus ojos fijos en mis curvas.

-Quería decirte que te ves fantástica esta noche.

Sacudí mi pelo sobre mi hombro.

-Oh, ¿esta cosa? Estaba en el fondo del armario.

-Me alegro que lo sacaras.

Enlacé mis dedos con los suyos.

-Ven y siéntate conmigo. No te he visto mucho últimamente.

Suspiró y me siguió.

-Lo siento por eso. Las cosas han sido un poco intensas desde que perdimos a tanta gente en ese ataque rebelde, y ya sabes como es mi padre. Enviamos muchos guardias a proteger a sus familias, y nuestras fuerzas no dan abasto, así que él está peor que de costumbre. Y me está presionando para poner fin a la Selección, pero mantengo mi posición. Quiero algo de tiempo para pensar en esto.

Nos sentamos en el borde de la cama, y me acomodé cerca de él.

-Por supuesto. Tú debes estar a cargo de esto.

Él asintió.

-Exactamente. Sé que lo he dicho mil veces, pero cuando las personas me presionan, me vuelve loco.

Le di un pequeño puchero.

-Lo sé.

Hizo una pausa, y no pude leer su rostro. Pero yo estaba tratando de encontrar una manera de avanzar sin ser agresiva, no estaba segura de cómo crear un momento romántico.

- Sé que es una tontería, pero mis doncellas me pusieron este nuevo perfume. ¿Es demasiado fuerte? -le pregunté, inclinando mi cuello para que pudiera inclinarse y respirar.

Él se acercó, con la nariz rozando suavemente mi piel.

- No, querida, es delicioso, -dijo en la curva que conducía a mi hombro. Entonces besó allí. Traqué saliva, tratando de concentrarme. Necesitaba tener cierto nivel de control.

- Me alegro que te guste. Te he echado mucho de menos.

- ¿Cuánto me has echado de menos? -respiró.

Su mirada combinada con su voz baja, hacia cosas divertidas con mis latidos.

- Mucho, -le susurré. - Mucho, mucho más.

Me incliné hacia delante, deseando ser besada. Maxon era confiado, acercándose con una mano, y con la otra enredada en mi cabello. Mi cuerpo quería fundirse en su beso, pero el vestido me detenía. Entonces, nerviosa de nuevo, recordé mi plan.

Deslicé mis manos por los brazos de Maxon, y guié sus dedos a la cremallera en la parte posterior de mi vestido, esperando que fuera suficiente.

Sus manos se quedaron allí por un momento, y yo estaba a segundos de pedirle que bajara la cremallera cuando él se echó a reír.

El sonido me tranquilizó bastante rápido.

-¿Qué es tan divertido? -pregunté, horrorizada, tratando de pensar en una manera poco visible de checar mi aliento.

-¡De todo lo que has hecho, esto es, por mucho, lo más entretenido! -Maxon se inclinó, golpeándose la rodilla mientras se reía.

-¿Disculpa?

Me besó con fuerza la frente.

-Siempre me pregunté cómo sería ver que lo intentes. -Se echó a reír de nuevo. -Lo siento, me tengo que ir. -Incluso la forma en que se levantó parecía divertida. -Te veré en la mañana.

Y entonces se fue. ¡Simplemente se fue!

Me quedé sentada allí, completamente mortificada. ¿Por qué en el mundo pensé que podía lograr esto? Maxon puede no saber todo de mí, pero al menos conocía mi carácter, ¿y esto? No era yo.

Miré hacia mi ridículo vestido. Era demasiado. Incluso Celeste no había llegado tan lejos. Mi cabello era demasiado perfecto, el maquillaje muy pesado. Él sabía lo que yo estaba tratando de

hacer al segundo que entró por la puerta. Suspirando, caminé por la habitación, soplando las velas y me pregunté cómo se supone que iba a enfrentarlo mañana.



